Pelayos

AÑO 3 – NÚM. 11
25 DE AGOSTO - 2024

REVISTA JUVENIL
CATÓLICO-MONÁRQUICA
©2021

Índice

Pelayo 1

S.A.R. Don Sixto de Borbón 2

Saluda del Capellán 3

Personajes 32

Narraciones 53

Clara y Santiago 62

Las Españas 68

Madre de la Hispanidad 74

Relatos 79

Catecismo 87

¿Sabías qué? 93

Pasatiempo 105

Poemario 133

Cancionero 136

Historia 138

Tienda 139

Pelayo

Pelayo, joven margarita, ¿eres católico? ¿Católico a secas?

No puedes ser más que católico tradicionalista, y por la gracia de Dios. Porque decir sólo católico hoy en día, es decir nada. Es ser, a igual que el mundo, enemigo de Nuestro Señor Jesucristo; escuchar a lobos disfrazados de ovejas, tolerar el error junto a la verdad, permitir que desgajen las Españas en mil jirones, adular a un falso rey que a cada paso apuñala el alma de nuestra tierra...es traición.

Traición a nuestros padres, a nuestros abuelos, a nuestros antepasados, a todos aquellos que nos legaron el tesoro de la Santa Causa, inmerecido por nuestra parte, pero del que somos responsables ante Dios.

No caben las quejas como al soldado no le cabe la huida; ni disculpas como al santo la tibieza, porque sería su muerte.

No cabe la vergüenza ni el disimulo, porque un carlista es un caballero y una margarita una señora, en quienes se encarnan, no los ideales, si no las realidades de las Españas.

El suelo que pisas, vivas donde vivas, está regado por la sangre de carlistas, de realistas, de santos y mártires. Exclama Nuestro Señor Jesucristo a esa raza de cainitas que son los liberales en todas sus formas: «*La voz de la sangre de tu hermano está clamando a mí desde la tierra...*» *(Gén 4, 2-10).*

Y tenemos un modelo a imitar, un Comandante que obedecer, un Rey al que seguir: S.A.R. D. Sixto Enrique de Borbón, Rey de España: Enrique V.

S.A.R.
D. Sixto Enrique de Borbón y de Borbón

«Os encarezco reforcéis la disciplina en tiempos que requieren la mayor claridad de doctrina y unidad de acción.»

Saluda del Capellán

Cordero Eucarístico

Querido Pelayo:

Algunos de vosotros habéis celebrado recientemente vuestra primera comunión, otros os preparáis aprendiendo el catecismo y muchos ya la habéis recibido. Algunos tenéis la gracia de comulgar con frecuencia y otros, esporádicamente. Me gustaría que cada uno de vosotros recibáis siempre a Jesús sacramentado como si fuera la primera vez, como si fuera la única vez, como si fuera la última. Pocas gracias tan grandes hay como la de poder comulgar, es un privilegio concedido por Aquel que tiene por ti, pelayo, un amor de predilección y no es un derecho, como creen algunos que comulgan tibia y rutinariamente.

En la misa celebrada según su rito romano tradicional, antes de administrar la Sagrada Comunión el sacerdote toma la Hostia en sus manos y de manera ostensible para todos, repite las palabras indicadoras y reveladoras que pronunció San Juan Bautista: Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi[1]*. Juan, el mayor de los nacidos de mujer del Antiguo Testamento, en vehemente predicación, señaló en dos ocasiones durante dos días consecutivos al Cordero del Nuevo Testamento, que ya no viene solo a purificar Israel, sino a*

[1] Jn. I, 29-35 Straubinger traduce "el Cordero de Dios que lleva el pecado del mundo". Lo ve como la víctima que sacrificaban los israelitas todos los años.

quitar el pecado del mundo, de toda la Cristiandad, de toda la historia.

El profeta Isaías fue quien comparó a nuestro Salvador con un cordero y el Bautista fue el primero que aplicó expresamente ese nombre a Nuestro Señor —*he aquí al Cordero de Dios*— y, sin duda, lo hizo siguiendo el sentido de la revelación.

En la liturgia de San Juan Crisóstomo, el celebrante divide la Hostia en cuatro partes como expresa el lenguaje de la rúbrica, "con cuidado y reverencia", y dice: "El Cordero de Dios es partido y distribuido. Aquel que está partido no está dividido; comido, mas nunca consumido, santifica a los que comulgan".

Habéis oído muchas veces *ecce Agnus Dei*. Esta oración fue introducida en la misa hacia el año 687, cuando el papa San Sergio I decretó que durante la fracción de la Hostia, en perfecta sintonía con el carácter sacrificial, tanto el clero como el pueblo deberían repetir esa aclamación tres veces y, además, cantarla con solemnidad. El papa San Sergio I reaccionó así para oponerse al concilio Trulano[2] que pretendía prohibir la representación simbólica del Salvador bajo la forma del Cordero.

En la oración del *Hanc Igitur* encontramos un bellísimo y elocuente gesto de marcado carácter oblativo y

[2] Celebrado en Constantinopla por el emperador Justiniano, denominado por la Iglesia Católica como *Synodus Errática*.

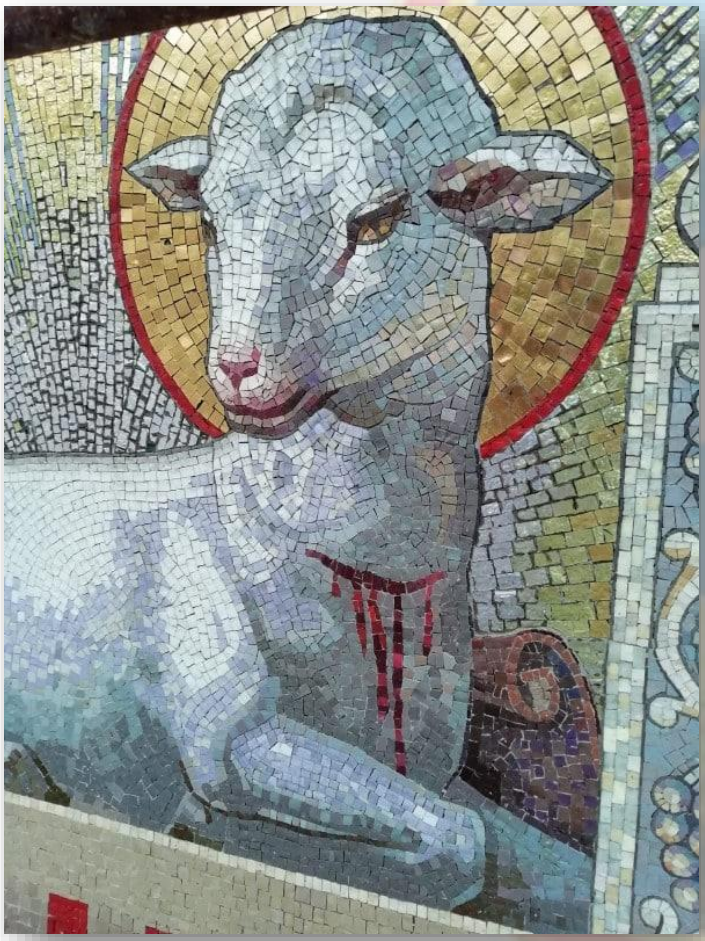
escriturístico, como es el de extender las dos manos sobre las ofrendas, retomando ese rito sacrificial del Antiguo Testamento, pues en la fiesta de la Expiación[3] se imponían las manos extendidas sobre la víctima inmolada, cargando sobre ella los pecados del pueblo. Ahora sabéis que habéis sido rescatados no con bienes corruptibles, no con el oro ni la plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, el Cordero sin mancha y sin defecto[4] que quita los pecados del mundo. El Santo Sacrificio de la misa incluye al sacerdote, que, en palabras del Venerable padre Antoine Chevrier[5] "es un hombre comido", consumido por el celo: Zelus domus tuae comedit me[6]. La hostia del altar representa a la propia persona del oferente, que por el carácter sacerdotal actúa in persona Christi, identificándose con el Cordero Divino, con el cual ruega y se ofrece juntamente con Él al Padre, pidiéndole que acepte las ofrendas, nos conceda la paz y nos alcance la perseverancia final, para que podamos ser contados en el número de aquellos que conforman su rebaño celestial: Atque ab aeterna damnatione nos eripi et in electorum tuorum iubeas grege numerari.

Por otra parte, la comunión del sacerdote tiene un aspecto diferente con respecto a la comunión de los fieles. Vosotros recibís un sacramento en el contexto de la misa, pero la comunión del sacerdote es parte esencial del sacrificio que se ofrece a Dios, es el holocausto[7] del Cordero de Dios. En el sacrificio del Antiguo Testamento era necesario que la víctima fuera consumida por el fuego y, ahora, en el sacrificio del Nuevo Testamento que es la Santa Misa se requiere que consumamos al Divino Cordero con un corazón

---

[3] Lev. XXIII, 26-32.
[4] I Ped. I, 18-19.
[5] Cita de "Le véritable disciple ou le prêtre selon l'Évangile".
[6] Ps. LXIX, 10.
[7] Entre los israelitas especialmente, sacrificio religioso en que se quemaba la víctima completamente. Acto de abnegación total que se lleva a cabo por amor.

ardiente de amor. En la oración secreta de la misa del Corazón Inmaculado de María ofrecemos al Padre Eterno el Cordero Inmaculado, suplicándole que encienda en nuestros corazones aquel fuego divino que abrasó de modo inefable el Corazón de la Virgen Santa María[8]*.Es el nuevo Cordero Pascual que, al comerlo, sacrificamos. Es necesario que lo hagamos con todo el amor del que seamos capaces: Porque su carne es verdadera comida y su sangre verdadera bebida*[9] *y es necesario que nos alimentemos de ellas porque: Os aseguro que, si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y Yo lo resucitaré en el último día. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en Mí y Yo en él*[10]*.*



Roguemos al apóstol San Felipe que nos ilumine y nos permita acercarnos al misterio del Agnus Dei. No ha de ser cosa de poca monta cuando de manera milagrosa el Espíritu Santo trasportó al Apóstol hasta el carruaje en que peregrinaba un servidor de la reina Candace[11]*, por el camino de Jerusalén a Gaza, de regreso a su tierra, para darle la exégesis autorizada de un versículo que le interpelaba. La Tradición cuenta que era un*

[8] Oración secreta de la misa de la festividad del Corazón Inmaculado de María.
[9] Jn. VI, 55.
[10] Jn.VI, 53-56.
[11] Hch. VIII, 26-40.

prosélito del judaísmo. El viajero le preguntó al apóstol: Te ruego que me digas de quién dice esto el profeta: ¿de sí mismo o de otro?, pues deseaba entender el sentido de la frase del profeta Isaías fue llevado como una oveja al matadero; y como cordero mudo delante del que lo trasquila, así él no abre la boca. Felipe, entonces, partiendo de este texto de la Escritura, le explicó su sentido y con claridad inspirada se puso a anunciarle la buena nueva de Jesús. Y así fue como viajando por aquel camino desierto[12] —que quisiéramos ver más transitado— San Felipe lo condujo a la fe, recibió el bautismo y seguramente al final de su ruta terrenal, alcanzó la visión del Cordero en el cielo. Esa referencia al Cordero no es meramente un símbolo metafórico ni poesía alegórica. Evidentemente no es algo menor.

Nosotros, por nuestra parte, tengamos la buena voluntad que tuvo el siervo de la reina Candace, cuyas disposiciones espirituales nada tenían de protestantes, pues no se fiaba de su propia interpretación, directa y personal, de la Escritura. Mientras caminamos por este valle de lágrimas, pidamos al Espíritu Santo que nos conceda las luces necesarias para vislumbrar el significado del Cordero

[12] Hch. VIII, 26.

Eucarístico. La oración de intercesión de los santos, San Juan Bautista, San Felipe, San Juan Evangelista, Santa Inés y tantos santos pastores nos ayudará a acercarnos y adentrarnos, a la luz de la Tradición y del sentido de la liturgia, en el misterio insondable del Cordero Eucarístico.

Como hemos relatado antes, el Precursor señaló al Cordero de Dios a sus discípulos. El discípulo amado del Señor, San Juan Evangelista, estaba muy atento, oyendo las indicaciones de quien era más que un profeta[13], vio con claridad la trascendencia de ese misterio y siguió fielmente a su Buen Pastor hasta el final, pues lo acompañó en la hora suprema, cuando el Cordero de Dios fue sacrificado en la cruz. La indicación de San Juan Bautista quedó patente en su espíritu y el menor de los hijos de Zebedeo fue testigo de cómo se concretizó la condición de Cordero Divino en la vida y muerte de Nuestro Señor. Más tarde, incorporó en su Apocalipsis esta simbólica imagen, introduciendo en él más de treinta menciones al Cordero Degollado desde el inicio del mundo[14], a la sangre del Cordero[15], etc. Un misterio digno de consideración es el que nos presenta el Apóstol San Juan, cuando menciona a los que están escritos en el libro de la vida del Cordero[16], quienes conforman la Iglesia y son la Esposa del Cordero[17], la cual es sostenida por los doce Apóstoles del Cordero[18]

Pureza del Cordero:

Siguiendo la indicación del Bautista quiero que centremos nuestra atención en alguna de las múltiples

[13] Mt. XI, 9.
[14] Ap. XII, 8.
[15] Ap. XII, 11.
[16] Ap. XXI, 27 y en los siguientes: 5,6; 7, 10, 17; 14, 4, 10; 15, 3; 19, 9; 21, 23; 22, 1, 3.
[17] Ap. XXI, 9.
[18] Ap. XXI, 14.

facetas de este misterio del Cordero Eucarístico, para lo cual nos encomendaremos a Santa Inés, virgen y mártir, cuyo nombre significa "cordera" (Agnelle) y que tal vez debido a su etimología, la iconografía la representa con un cordero en los brazos, símbolo de la blancura de su pureza y su ofrenda martirial. Según una tradición romana en la festividad de Santa Inés, que se celebra el 21 de enero, el Papa bendice dos corderos, con cuya lana se confeccionan los sagrados palios. Estos palios son ornamentos litúrgicos de honor y de jurisdicción que se entregarán a los arzobispos metropolitanos. Están formados por una faja de lana blanca, ancha de 4 a 6 cm, adornada por seis cruces y por dos orlas de seda negra cuyas extremidades se apoyan sobre el pecho y sobre los hombros. Las cruces constituyen símbolos de las heridas del Cordero[19]. Los arzobispos reciben estos ornamentos en signo de comunión con el Romano Pontífice y de la solicitud pastoral del Buen Pastor, que lleva las ovejas sobre sus hombros.

<u>El Cordero inmolado:</u>

En el Antiguo Testamento la legislación que regulaba los ritos del sacrificio exigía que el cordero que se

[19] En sus llagas hemos sido curados.

inmolara fuera un cordero sin manchas ni defectos[20], *blanco y perfecto.*

Durante la oración del Agnus Dei de la Santa Misa, por tres veces mostramos, señalamos y le pedimos al Cordero de Dios que está sobre el altar, que tenga misericordia, que nos conceda su paz y a los difuntos el descanso eterno. Los corderos primogénitos de las ovejas fueron la ofrenda del primero de todos los pastores, el justo Abel[21], *en un sacrificio que Dios prefirió a la ofrenda de su hermano Caín, que era agricultor. Más tarde al patriarca Abrahán, Dios le ahorró la inmolación de su hijo Isaac y lo sustituyó in extremis por un cordero*[22]. *Ese cordero representaba a Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre que no tuvo nada ni nadie que le remplazara en la cruz. El amor de Dios Padre por nuestras almas es tal que no ha perdonado a su propio Hijo*[23] *y en infinita y perfecta abnegación el Cordero Divino entregó su vida al Padre por nosotros y manifestó su amor en el silencio de un cordero. Es el Buen Pastor que se hizo Cordero, cuya sangre redime las almas de los fieles, del mismo modo que una sangre preciosa de cordero sin tacha y sin mancilla*[24] *marcó las puertas de los israelitas en Egipto, librando a sus hijos del ángel exterminador. Porque si la sangre de chivos y toros y la ceniza de ternera con que se rocía a los que están contaminados por el pecado los santifica obteniéndoles la pureza externa, cuánto más la sangre de Cristo que por obra del Espíritu se ofreció sin mancha a Dios purificará nuestra conciencia de las obras que llevan a la muerte para permitirnos tributar culto al Dios viviente*[25].

---

[20] Lev. XXXIII, 12.
[21] Gen. IV, 4-5.
[22] Gen. XXII, 1-18.
[23] Rom. VIII, 32.
[24] I Ped. I, 19.
[25] Hb IX, 13-14.

El cordero pascual que comían los israelitas sin quebrarle los huesos, prefiguraba a Nuestro Señor que, muriendo en la cruz, ofreció su sacrificio y del que estaba escrito *no le quebrarán ni un hueso*[26], como lo había anunciado el profeta David[27]. A diferencia de lo que sucedió con San Dimas y con Gestas, a quienes los soldados romanos sí rompieron las piernas para que cesaran de respirar, en el caso de Jesús no fue necesario, su corazón fue traspasado por una lanza, porque ya había expirado dando su vida voluntariamente. Jesús es el Cordero Eucarístico, el Cordero de Dios, es el Cordero que coméis para tener la vida eterna. El Cordero es el que ha derramado su sangre, Él es a quien recibís en vuestro corazón. Si con la sangre se salvaron los israelitas y sus casas, ¡cuánto más las almas redimidas tendrán la vida eterna si reciben dignamente, no solo la sangre del Señor sino también su cuerpo, alma y divinidad!

En la comunión lo mayor asimila lo menor, no es un alimento cualquiera; sucede una auténtica asimilación espiritual, porque el Cordero Divino que se nos da como

[26] Jn. XIX, 36.
[27] Ps XXXIV, 21.

alimento es superior a nosotros de una manera sideral y, por eso, somos nosotros quienes quedamos injertados en Él, vivificados por su gracia y por su vida: quien no come la carne y bebe la sangre del Cordero, muere, pero quien la come, tiene la vida eterna[28].

La secuencia de la misa de Corpus Christi, que fue compuesta por Santo Tomás de Aquino, esboza de una manera sublime el misterio insondable de la Eucaristía: "Recíbelo uno, recíbenlo mil; y aquel lo toma tanto como estos, pues no se consume al ser tomado. Recíbenlo buenos y malos; mas con suerte desigual de vida o de muerte. Es muerte para los malos y vida para los buenos; mira como un mismo alimento produce efectos tan diversos"[29].

¿Por qué nuestra vida espiritual permanece en estado vegetativo? Ciertamente no es por ineficacia de la gracia, sino por los límites y obstáculos que le ponemos al Cordero Divino, no permitiendo que Cristo viva en ti[30]*, que crezca en el alma en gracia de Dios. Si el Cordero Eucarístico no puede crecer, es porque tu ego humano le pone fronteras a su divinidad, le marca los límites y no permite que seas un gigante de la santidad y al final terminamos siendo enanos ridículos en nuestra pobre mediocridad. Ese Cristo que vive en ti está llamado a crecer fuerte y vigoroso como los árboles en tierra fértil, pero tu corazón duro y pedregoso ha transformado ese árbol hermoso en un ridículo bonsai. La abnegación cotidiana te invita a ir ensanchando las fronteras naturales y a entrar en las dimensiones místicas de auténtica santidad a las que la comunión te invita. Sin duda tenemos un serio problema de asimilación espiritual. Dejémonos asimilar y aprenderemos a llevar con espíritu de*

---

[28] Jn. VI, 56.

[29] Himno secuencial *Lauda Sion* de Santo Tomás de Aquino para la liturgia del Corpus Christi: *Sumit unus, sumunt mille: Quantum isti, tantum ille: Nec sumptus consúmitur Sumunt boni, sumunt mali: Sorte tamen inæquáli, vitæ vel intéritus.*

[30] Gal. II, 20.

sacrificio y en silencio nuestra cruz de cada día, pudiendo llegar este testimonio martirial hasta la inmolación cruenta.

En otros tiempos, algunos santos querían partir a tierra de moros para encontrar la gracia del martirio (este fue el caso de Santa Teresa de Jesús y de su hermano Rodrigo). Hoy quizá encontraremos la gracia del martirio a domicilio, pues observamos cómo crece el número y la ferocidad de los enemigos de Cristo que invaden la antigua Cristiandad, por lo que podríamos acabar siendo degollados como corderos. Es una gracia especial, Dios decidirá si nos da esta gracia particular de ser corderos con el Cordero, gracia no muy lejana si alcanzamos a ver la furia rabiosa de la jauría de lobos enemigos del Cordero.

Mientras tanto en la vida cotidiana y doméstica debemos ser fieles en lo poco y leales de corazón. Todos estamos llamados al martirio humilde y secreto que no por eso es menos heroico, sino todo lo contrario. Tengamos siempre presente aquello que nos dice "Ordenanza del Requeté", que enuncia todo un programa de vida y muerte sintetizado en el lema "Ante Dios nunca serás héroe anónimo". A ello nos anima Santa Teresita del Niño Jesús[31] *y,*

[31] Carta a su hermana Celina, 14 de julio de 1889: "Es el martirio ignorado, solo conocido por Dios, que el ojo de la criatura no puede descubrir".

mucho antes, el mismo Jesús que nos dijo: Tu Padre que ve en secreto te recompensará[32].

Unámonos al Cordero confesando, con nuestra vida coherente, nuestra fe católica en el mundo apóstata de hoy. Con espíritu de sacrificio, en la cruz y en el silencio y, particularmente, en la pureza, alejémonos de todo aquello que pueda ensuciar la blancura de la lana. Detestemos lo que puede manchar incluso el aliento del Cordero, vigilemos pensamientos, sentimientos, palabras, gestos y escándalos. No contristéis al Espíritu Santo[33]*. La religiosidad pura y sin mancha delante de Dios nuestro Padre consiste en ocuparse de huérfanos y viudas —corderos y ovejas— y en no contaminarse con el mundo*[34]*. Protejamos la pulcritud inmaculada que Nuestro Señor desea para nosotros, con el fin de que permanezcamos como el día en que hicimos nuestra primera comunión, como estábamos el día de nuestro bautismo, para seguir el cortejo en pos del Cordero hacia nuestra patria definitiva, la Jerusalén celestial, a la hora del juicio final cuando Él ponga a su siniestra las cabras condenadas y a su diestra el rebaño confiado a San Pedro.*

A orillas del lago Tiberiades Nuestro Señor había recogido leña seca, resto de la resaca de los aluviones, dispersa en aquella playa silenciosa y desierta. Y después de haber encendido un fuego, puso a asar sobre las brasas alguno de aquellos 153 peces que milagrosamente trajeron las redes de los apóstoles[35]*. Al acabar de comer, Jesús dijo a Simón Pedro: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?" Él le respondió: "Sí, Señor, Tú sabes que te quiero". Jesús le dijo: "Apacienta mis corderos". Le volvió a decir por segunda vez: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas?". Él le respondió: "Sí, Señor, sabes que te quiero". Jesús le dijo: "Apacienta mis ovejas". Le*

---

[32] Mt. VI, 4 y 6.
[33] Ef. IV, 30.
[34] Sant. I, 27.
[35] Jn. XXI, 15-17.

preguntó por tercera vez: "Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?". Pedro se entristeció de que por tercera vez le preguntara si lo quería, y le dijo: "Señor, Tú lo sabes todo; sabes que te quiero". Jesús le dijo: "Apacienta mis ovejas". Y desde entonces los papas, obispos y sacerdotes obedecen la orden del Buen Pastor: Buscad a las ovejas perdidas del pueblo de Israel[36]*. Y valientemente siguen su ejemplo, dan la vida por ellas*[37] *y se han preocupado porque a su rebaño no le falte nada, pues apacentaron sus rebaños en verdes praderas y les abrevaron en aguas cristalinas*[38]*. No son mercenarios que viendo llegar al lobo abandonan su misión y huyen*[39]*, sino que están prestos a dejar su propia vida en las fauces del lobo, antes que permitir que el Divino Cordero sea desgarrado a dentelladas por la ferocidad infernal de aquellos lobos que reivindican el derecho a comulgar en pecado mortal, dejando de lado la advertencia de San Pablo: Quien coma el pan o beba la sangre del Cordero indignamente come y bebe su propia condenación*[40]*. Y desgraciadamente hoy vemos a ciertos pastores impulsados por un espíritu blasfemo y sacrílego que alientan esta práctica infernal, porque en la comunión sacrílega se permite al infierno hincar en el Cordero*

[36] Mt. X, 9.
[37] Jn. X, 11.
[38] Ps. XXIII.
[39] Jn. X, 12.
[40] I Cor. XI, 27.

una dentellada siniestra y mortal. Ya Jesús les advirtió a sus discípulos: Cuidado con los falsos profetas; se acercan con piel de oveja, pero por dentro son lobos rapaces[41]*. En el Antiguo Testamento el profeta Ezequiel ya los describe*[42]*:*

¡Profetiza, hijo de hombre profetiza contra los pastores de Israel! Tú dirás a esos pastores: Así habla el Señor: ¡Ay de los pastores de Israel que se apacientan a sí mismos! ¿Acaso los pastores no deben apacentar el rebaño? Pero vosotros os alimentáis con la leche, os vestís con la lana, sacrificáis a las ovejas más gordas, y no apacentáis el rebaño. No habéis fortalecido a la oveja débil, no habéis curado a la enferma, no habéis vendado a la herida, no habéis hecho volver a la descarriada, ni buscado a la que estaba perdida. Al contrario, las habéis dominado con rigor y crueldad. Ellas se han dispersado por falta de pastor, y se han convertido en presa de todas las bestias salvajes. Mis ovejas se han dispersado, y andan errantes por todas las montañas y por todas las colinas elevadas. ¡Mis ovejas están dispersas por toda la tierra, y nadie se ocupa de ellas ni trata de buscarlas! Por eso, pastores, oíd la palabra del Señor. Lo juro por mi vida -oráculo del Señor-: Porque mis ovejas han sido expuestas a la depredación y se han convertido en presa de todas las fieras salvajes por falta de pastor; porque mis pastores no cuidan a mis ovejas; porque ellos se apacientan a sí mismos, y no a mis ovejas; por eso, pastores, escuchad la palabra del Señor: Así habla el Señor: Aquí estoy yo contra los pastores. Yo buscaré a mis ovejas para quitárselas de sus manos, y no les dejaré apacentar mi rebaño. Así los pastores no se apacentarán más a sí mismos. Arrancaré a las ovejas de su boca, y nunca más ellas serán su presa.

Es sumamente doloroso para el corazón de un sacerdote poner al Cordero en la boca del lobo, de aquellos cristianos

[41] Mt. VII, 15.
[42] Ez. XXXIV, 2-10.

que comulgan indignamente, de los católicos feroces que en sus fauces sacrílegas desgarran la carne del Cordero para su propia perdición. Por eso, la comunión de un alma buena debe ser una comunión reparadora por tantas comuniones sacrílegas, y no solo por aquellas que se cometen por comulgar en estado de pecado, sino también por aquellas a las que la rutina ha envilecido (asueta vilescunt) y ha llevado a la tibieza, apagando la caridad. Que el amor por el Cordero de Dios renueve en nosotros el fervor en cada comunión.

Predilectos del Cordero:

Querido Pelayo, antes que el Buen Pastor se encarnara y, dejando las noventa y nueve, viniera a buscar la oveja número cien[43]*, en el Antiguo Testamento el Señor era amigo de pastores y muchos buenos pastores, sus amigos. Los tres grandes patriarcas, Abrahán, Isaac*[44] *y Jacob fueron quienes, con sus rebaños, iban conquistando la geografía y allí asentaban a sus familias a las que mantenían con la carne, leche y lana de las ovejas que apacentaban. Jacob dedicó catorce años a cuidar los rebaños de su tío-suegro Labán. Moisés, mucho antes de recibir la ley en el monte Sinaí, se había dedicado cuarenta años a pastorear las ovejas de su suegro Jetró*

[43] Mt. XVII,10-14 y Lc XV, 3-7.
[44] Gen. XXIV, 35.

cuando fue llamado al monte Horeb y allí, desde la zarza ardiente, Dios le confió la misión de liberar a su pueblo. Cuando fueron pasando los siglos, Dios eligió para ser rey de Israel al joven David, que era pastor de las ovejas de su padre[45]. Él fue uno de los grandes antepasados de Nuestro Señor, y como Jesús, rey, sacerdote y profeta. Para enfrentarse a Goliat se presentó con estos argumentos[46]: "Cuando tu siervo apacentaba las ovejas de su padre y venía un león, o un oso, y arrebataba una oveja del rebaño, yo salía en su persecución, lo hería, y se la arrancaba de su boca; y cuando se levantaba contra mí, lo agarraba por la quijada, lo hería y lo mataba. Tu siervo ha matado tanto al león como al oso, y ese filisteo incircunciso será como uno de ellos, puesto que ha insultado al ejército del Dios vivo". Y agregó David: "El Señor que me libró de las garras del león y de las garras del oso, Él mismo me librará de la mano de ese filisteo". Entonces Saúl dijo a David: "Ve, y que el Señor esté contigo". Y finalmente, como si se tratara de un pajarito, lo mató de un hondazo. Tampoco debemos olvidar al profeta Amós que era pastor en Tecoa[47] a quien el Señor llamó de detrás del rebaño para predicar a Israel[48], con el propósito de que reprendiera y llevara a la conversión a los que adoraban al becerro de oro.

En la nueva alianza Nuestro Señor y su Santísima Madre nos han dado numerosas pruebas de su amor de predilección por las ovejas y particularmente por los pastores. Pastores fueron aquellos que, velando su rebaño, fueron llamados por los ángeles a adorar al Niño Divino envuelto en pañales. Cuando la fe cristiana se iba extendiendo, no faltaron los pastores que prestaron grandes servicios a la Iglesia como San Espiridon de Tremitunte, un

[45] I Sam. XVII, 15.
[46] I Sam. XVII, 34-37.
[47] Am. I, 1.
[48] Am. VII, 15.

pastor tuerto, cojo —pues fue torturado por el emperador Maximino—y sin estudios, que asombró con su sabiduría a los padres del Concilio de Nicea. Aun siendo obispo de Chipre, no abandonó su modo de vida modesto, pues siguió pastando ovejas en el campo y las almas en su diócesis. El ermitaño San Vandelino de Tréveris, príncipe y pastor, fue una referencia para la cristianización de su región. Pastoras fueron mujeres como Santa Genoveva, la patrona de París, que pudo detener el avance del lobo Atila o Santa Virginia de la región de Poitu, Francia, que pasó de cuidar sus corderitos a dar la vida por la fe uniéndose por su pureza y martirio al Cordero Degollado. Siglos más tarde, en España, otro pastor llegó a ser un gran Santo: San Pascual Bailón, patrono de los congresos eucarísticos y las cofradías del Santísimo Sacramento. Y más recientemente la Virgen María eligió entre ellos a sus confidentes, puesto que pastorcitos eran Melania y Maximino, a quienes habló Nuestra Señora en La Salette. Lucía, Jacinta y Francisco eran pastorcitos en Fátima. Recibieron la comunión de manos de un ángel y desde que la Reina del Cielo les confió sus mensajes, tuvieron como gran preocupación no ofender al Señor, ofrecer sacrificios por los pecadores y a sus ovejas les daban su agua y su pan. Francisco, muy especialmente, se encargaba de consolar a Nuestro Señor con su contemplativo silencio de cordero. Además de Virginia, de Genoveva, de Melania y de Jacinta, las margaritas tienen más modelos en los que contemplar a otras jóvenes predilectas del Cordero: Santa Germana de Pibrac, joven pastora huérfana, modelo del perdón de las ofensas; Santa Bernardita en Lourdes también cuidaba las ovejas de sus padres y familiares y algo que no se nos puede olvidar es que Santa Juana de Arco estaba vigilando su rebaño cuando el Señor la llamó a poner al rey

en el trono y defender a su pueblo del fiero y voraz lobo anglosajón.

Cuidad al Cordero:

Permitidme que, yo que invoco muchas veces la solicitud de vuestra caridad en favor de los niños pobres y de todos los pobres abandonados, invoque hoy vuestra atención y vuestra cooperación en favor del más abandonado de todos los pobres: el Santísimo Sacramento. Os pido una limosna de cariño para Jesucristo Sacramentado... os pido por el amor de María Inmaculada y por el amor de ese Corazón tan mal correspondido, que os hagáis las Marías de esos sagrarios abandonados[49].

[49] Don Manuel González, el Obispo de los sagrarios abandonados el 4 de marzo de 1910, ante un grupo de fieles colaboradoras en su actividad apostólica, expresó el gran anhelo de su corazón. Falleció en Madrid el 4 de enero de 1940. Fue enterrado en la capilla del

El Cordero Abandonado *en el sagrario está prisionero del amor que late en ese Corazón que tanto ha amado a los hombres y a cambio no ha recibido de ellos otra cosa que indiferencia y menosprecio*[50]*. Tanto por parte de los individuos, como de las instituciones que profesan el laicismo militante, a todos está esperando el Cordero Abandonado, víctima callada de la indiferencia y el olvido. Solo una lámpara de aceite, fiel y titubeante como aquella de las vírgenes prudentes*[51]*, arde en la penumbra del templo desierto y se pregunta hoy como ayer si cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe sobre la tierra?*[52] *Allí el Cordero espera impaciente que lleguen a visitarle las almas amantes a gozar de su amorosa compañía, pero, como esposas frívolas e imprudentes disipan el tiempo en vanidades, viven indolentes y ajenas al silencio martirial que describe el profeta Isaías. Acércate y oirás la queja dolorosa y muda del Verbo de Dios: En mi Tabernáculo, durante la noche, busqué al amado de mi alma. ¡Lo busqué y no lo encontré!*[53] *Espera que lleguen a consolarle, pero no encuentra quien se apiade de su soledad. Espero compasión y no la encuentro, en vano busco un consuelo*[54]*: Ahí está la lámpara elocuente señalando día y noche con el Bautista: He aquí el Cordero de Dios. Oíd los dulces balidos del Cordero del sagrario. Que los pelayos y margaritas seáis capaces de quedaros a velar al menos una hora con Él, siguiendo los pasos de los pastorcitos que cuidaban a los corderos en la noche de Belén, como aquel carlista insigne, Luis de Trelles Noguerol, organizador de la Adoración Nocturna que congrega a su vez a tantos*

---

sagrario de la catedral de Palencia. Su epitafio fue dictado por él mismo: «Pido ser enterrado junto a un sagrario, para que mis huesos, después de muerto, como mi lengua y mi pluma en vida,
estén siempre diciendo a los que pasen: ¡Ahí está Jesús!
¡Ahí está! ¡No lo dejéis abandonado! ... ».

[50] Cuarta revelación del Sagrado Corazón a Santa Margarita de Alacoque en el año 1675.

[51] Mt. XXV, 4.

[52] Lc. XVIII, 8.

[53] Cant. III, 1.

[54] Ps. LXIX, 21.

pastorcitos buenos que velan en la noche oscura de la modernidad cuando aúllan los lobos en el monte de los Olivos.

El Cordero Abrumado: *Las tradicionales adoraciones del Santísimo Sacramento, diurnas o nocturnas, están siendo suplantadas por unas ceremonias ruidosas, pues esta es la última moda que destila la herejía modernista*[55]*; también son de carácter intimista, por eso mismo, estos adoradores son reacios a darle el culto público que le debemos al Señor en las procesiones de Corpus Christi y prefieren cantar en la penumbra canciones melindrosas con letras empalagosas y ritmos cadenciosos, haciendo gala de un romanticismo sentimental con sus guitarras cursis. Le adoran en cuclillas porque parece que les duelen las rodillas. Permanecen ajenos al núcleo del misterio, que es el Cordero Sacrificado. Todo el énfasis se enfoca en un Cordero Glorioso y Resucitado, con una nueva espiritualidad que omite toda mención a la cruz y al Santo Sacrificio. En cambio, lex orandi, lex credendi; en vinculación a la misa celebrada*

[55] San Pío X en *Pascendi Domini Grecis*, (8 de septiembre de 1907).

según su rito romano tradicional, adoramos al Cordero Degollado ¡que se sienta sobre el trono! y reina desde el madero[56] *con el corazón traspasado por una lanza. A demasiados bautizados el Cordero Degollado o "degollado sólo un poco" les parece escándalo o locura, y queda descartado cualquier sacrificio o ascesis que exija el seguimiento del Cordero del que ignoran su invitación a tomar la cruz. Así, transmiten la imagen de un cordero cursi, un cordero limpito, liofilizado, sin sangre. Que no te engañen, pelayo: Sine effusione sanguinis non fit remissio*[57]*. Dios está presente real y sustancialmente en la Eucaristía, pero algunos católicos no parecen tener los mismos sentimientos de Cristo y, por eso, permanecen ajenos a su misterio. A la juventud contemporánea la congregan ante un Cordero diseñado a la medida, pues para ellos el Santo Sacrificio de Cristo en la cruz es escándalo*[58]*. En definitiva, la mística se mide en decibelios y confunden fervor con adrenalina: Este pueblo me honra con los labios*[59]*. Ante estos espectáculos me parece oír decir al Señor ¡Hasta cuando tendré que soportaros!*[60]

A cuenta de estos motivos y muchísimos más, te voy a pedir, querido pelayo, que cuides mucho al Cordero Eucarístico en tu acción de gracias al comulgar, que no ha de ser ni corta ni distraída porque:

El Cordero tiene frío. *Pocos son los pastores que, en las noches frías del invierno, bajo un cielo estrellado velan vigilantes custodiando su rebaño con las fogatas encendidas, donde arden los tizones que ahuyentan a los lobos famélicos mientras protegen del frío a los corderitos. Pelayo, acércate al sagrario con un corazón ardiente pues parece que el Cordero Divino tiene ateridos sus miembros tanto como en el*

[56] Del himno *Vexilla Regis*.
[57] Hb. IX, 22.
[58] I Cor. I, 23.
[59] Is. XXIX y Mt. XV, 8.
[60] Mt. VII, 17.

gélido sepulcro. Te está esperando y anhela que le des la vida con tu vida y en tu vida. El fervor de tu amor lo preservará del frío y si sientes que la llama que te anima es débil y pequeña, no te aflijas, junto al sagrario se irá avivando, Él mismo alimentará esa llama porque trajo al mundo un fuego divino[61] y su más íntimo anhelo es que crezca en tu corazón, para que sea como la zarza ardiente que Moisés vio arder sin consumirse[62].

El Cordero tiene hambre. Nadie más que Él tiene hambre y sed de justicia[63] y si su alimento es hacer la voluntad de su Padre que le envió[64], nosotros lo debemos alimentar con ese pan cotidiano que es hacer la divina voluntad en la tierra, como en el cielo[65], cumpliendo fielmente con nuestros deberes. Así como por la fuerza divina de las palabras de la consagración se realiza el milagro de la transubstanciación, asimilando espiritualmente la Santa Comunión recibiréis la gracia de la santidad que vendrá a colmar el vacío de nuestra nada y seréis trasformados en Cristo. Si prolongáis la acción de gracias a lo largo de la jornada iréis creciendo en caridad con buenas obras, porque su hambre no se sacia

[61] Lc. XII, 49.
[62] Ex. III, 1-4.
[63] Mt. V, 6.
[64] Jn. IV, 34.
[65] Mt. VI, 9.

solo con las palabras de aquellos que dicen Señor, Señor, sino por las obras de quienes cumplen la voluntad de su Padre[66].

El Cordero tiene sed. *El Cordero Eucarístico que un día en la cruz dijo: Tengo sed*[67] *viene a vuestro corazón a beber amores límpidos. No le podéis dar un amor turbio, no podéis darle amores tóxicos o adulterados sino un amor puro y cristalino. Sin embargo, hemos acercado cruelmente a sus labios sedientos la esponja de nuestros corazones agrios, impregnados de ese vino que se volvió vinagre de amores corrompidos. Al comulgar en este estado, el corazón no es el templo que llena Dios solo, sino un panteón ecuménico poblado de ídolos. Es verdad que Él es nuestro Pastor y queremos que nos lleve a los prados verdes*[68]*, pero nosotros tenemos que ser aquí los pastores de este Cordero, cuya delicia es estar con los hijos de los hombres*[69] *para que pueda hallar en tu corazón el consuelo que no encontró en las horas de su pasión*[70] *y no se hunda en la ciénaga de la tibieza, ni el lobo del sacrilegio desgarre su carne inmaculada con ferocidad sanguinaria.*

[66] Mt. VII, 21.
[67] Jn. XIX, 28.
[68] Ps. XXIII, 1.
[69] Prov. VIII, 31.
[70] Ps. LXIX,21.

San Pedro apóstol exhorta a los pastores de almas con las siguientes palabras: Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, velando no como forzados, sino de buen grado, según Dios; ni por sórdido interés sino gustosamente, ni menos como quienes quieren ejercer dominio sobre la herencia de Dios, sino haciéndoos modelo de la grey. Entonces, cuando se manifieste el Príncipe de los pastores, recibiréis la corona inmarcesible de gloria[71].*La responsabilidad de cuidar las almas es del sacerdote y también de todos los padres y madres, que vigilantes cual mastines velan para que el lobo no entre por las ventanas a sembrar la muerte en el redil de sus corderos inocentes. Hoy son especialmente peligrosas las ventanas por las que se entrometen los tres enemigos del alma. Esas ventanas se llaman pantallas. Os aseguro que el que no entra por la puerta, sino que salta por la ventana es un ladrón y un asaltante*[72], *asesinando inocencias y matan en las almas la gracia divina. Lo que al más pequeño hiciereis a Él lo habéis hecho*[73], *¡ay del que escandalizare a los más pequeños!*[74] *Por eso, cuando cuidáis a vuestros corderitos, estáis cuidando al Cordero que nos ha sido confiado, protegiéndoles del lobo que quiere entrar en las familias y también en la Iglesia.*

Sí, vivimos en una sociedad tan pervertida que no son los corderos sino los lobos la especie protegida, y ya deambulan muy orondos no solo por bosques y montañas, sino que se atreven a incursionar impunemente y pasearse por los jardines de las fincas urbanas. Por lo cual no es absurdo, aunque lo parezca, que debamos proteger los rebaños, defender nuestros corderos de un cúmulo de leyes ideológicas, colmillos afilados de la fiera revolución. Andemos cautelosos, ya nos advirtió el Señor que os envío como a ovejas en medio

---

[71] I Pd. V, 2-3.
[72] Jn. X, 1.
[73] Mt. XXV, 40.
[74] Mt. XVIII, 6.

de lobos[75]*, que merodean por las aulas, templos y sacristías cubiertos con pieles de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces*[76]*. Y hoy acechan más furiosos y famélicos que nunca y no solo ansían engañar nuestros ojos con su disfraz ovino, sino también burlar al mismo olfato… "oliendo a oveja": estad atentos, por sus frutos los conoceréis*[77]*.*

El Cordero Ultrajado. *Lo fue por las supremas autoridades de su pueblo en el Sanedrín; por Herodes Antipas, que le puso una túnica blanca para burlarse de Él; por Pilato, que afirmó que la autoridad era él cuando exclamó: "¿No te das cuenta de que tengo poder para ponerte en libertad o para crucificarte?"*[78]*. El Cordero Ultrajado sufre en su honor todas esas injurias. Se ve postergado cuando prefieren a Barrabás, un criminal, antes que a Él, que es condenado a muerte entre dos malhechores, según estaba escrito: "Maldito el que cuelga del madero"*[79]*. Fijemos nuestra mirada en el Cordero Divino que nos dice "bienaventurado el que no se escandalice de Mí". Si no nos avergonzamos de Él y damos ante los hombres testimonio de fidelidad, Él nos confesará ante el*

[75] Mt .X, 16.
[76] Mt. VII,15.
[77] Mt. VII, 20.
[78] Jn. XIX, 10.
[79] Dt. XXI, 23 y Gal. III, 13.

Padre y ese día de la victoria definitiva impedirá que los enemigos se burlen de ti como le rogamos y pedimos no permitas que mis enemigos se burlen de Mí[80] *y que digan "¿dónde está tu Dios?"*[81].

El Cordero Callado. *Apártate del mundanal ruido en el que reina la mentira, la confusión y el artificio y acércate al sagrario a escuchar al Cordero Callado, que desde la soledad desierta te llama para hablarte al corazón*[82]. *El Cordero de Dios nos dice aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón*[83], *porque quien es fuerte como un león es tierno como un cordero. En medio de injusticias, injurias y paradojas que sufrimos, nos enseña a guardar silencio en el martirio de cada día. Es muy humano quejarse y gruñir, lamentarse y gemir, pero estos comportamientos nada tienen en común con el ejemplar silencio del Cordero, el martirio de Nuestro Señor Jesucristo y de tantos mártires como Santa Inés.*

El Cordero Degollado. *Nuestro Señor es el mismo Cordero de Dios que San Juan Evangelista contempló en las bodas celestiales, en su visión del Apocalipsis, mientras es seguido por un cortejo de almas buenas, de almas puras e inocentes, de almas mártires, porque esas almas se asocian a Él especialmente. Debemos adorar al Cordero Degollado uniéndonos a los ángeles y a los santos en la gran liturgia celeste que vislumbró el apóstol Juan: Digno es el Cordero Degollado de recibir el honor, la sabiduría, la fuerza, el poder, la gloria y la alabanza. Y todas las criaturas que están en el cielo, sobre la tierra, debajo de ella y en el mar, y todo lo que hay en ellos, decían: "Al que está sentado sobre el trono y al Cordero, alabanza, honor, gloria y poder, por los siglos de los siglos"*[84]. *No se nos llama a adorar al Cordero*

---

[80] Ps. XXV, 2.
[81] Ps. XLII, 4.
[82] Os. II, 16.
[83] Mt. XI, 29.
[84] Ap. V, 12-13.

Eucarístico, sin más, sino a adorar al Cordero Degollado que nos rescató con su sangre, a la víctima del sacrificio de la nueva y eterna alianza, por lo que esa adoración no debe estar desvinculada del Sacrificio que es la expresión de la fe y la Tradición de la Iglesia, la cual con su liturgia nos lo hace patente.

El Cordero de Dios nos enseña a ser corderos con Él, para que podamos seguirle a las bodas eternas. Lo siguen almas puras que no se han manchado, son vírgenes[85], en su boca no hubo mentira[86]. Él es el Cordero de la nueva pascua, que nos enseña a ser puros y mártires si hace falta, como lo fue aquella joven romana que, como hemos dicho antes, llevaba un nombre que precisamente significa cordera, Santa Inés. Ella fue corderita de Dios por su pureza y su testimonio. También Santa Teresita del Niño Jesús menciona en su poesía al cortejo de niños inocentes que siguen al Cordero por donde quiera que va y durante su vida terrena aspiraba unirse a Él[87]. Es el Cordero que nos ha sido confiado a todos y que os pido que cuidéis en el regazo amoroso de vuestra alma.

Así, el día del juicio final, acudiremos a adorarle alegres y presurosos, como los pastores de Belén[88], poniendo a sus pies nuestros corazones sacrificados y puros como corderos, formando el rebaño innumerable a la derecha del Divino Cordero: Vi una enorme muchedumbre, imposible de contar,

---

[85] Straubinger: se alude a seres virginales y aunque no es fácil limitar a eso su calificación pues se trataría de todos los elegidos, como no parece referirse a un grupo especial hay quien interpreta que son unas primicias.
[86] Ap. XIV, 15.
[87] Poesía núm. 28, escrita el 28 de diciembre de 1896 con el título "A mis hermanitos del cielo, los Santos Inocentes".
[88] Lc. II, 8-16.

formada por gente de todas las naciones, familias, pueblos y lenguas. Estaban de pie ante el trono y delante del Cordero, vestidos con túnicas blancas; llevaban palmas en la mano y exclamaban con voz potente: "¡La salvación viene de nuestro Dios que está sentado en el trono, y del Cordero!" Y todos los ángeles que estaban alrededor del trono, de los ancianos y de los cuatro vivientes, se postraron con el rostro en tierra delante del trono, y adoraron a Dios, diciendo: "¡Amén! ¡Alabanza, gloria y sabiduría, acción de gracias, honor, poder y fuerza a nuestro Dios para siempre! ¡Amén!". Y uno de los ancianos me preguntó: "¿Quiénes son y de dónde vienen los que están revestidos de túnicas blancas?". Yo le respondí: "Tú lo sabes, señor". Y él me dijo: "Estos son los que vienen de la gran tribulación; ellos han lavado sus vestiduras y las han blanqueado en la sangre del Cordero. Por eso están delante del trono de Dios y le rinden culto día y noche en su Templo. El que está sentado en el trono habitará con ellos: nunca más padecerán hambre ni sed, ni serán agobiados por el sol o el calor. Porque el Cordero que está en medio del trono será su Pastor y los conducirá hacia los manantiales de agua viva. Y Dios secará toda lágrima de sus ojos"[89].

Que la Cordera Inmaculada por antonomasia, la Divina Pastora, nos alcance el conocimiento y el amor por Aquel que nos mostró por primera vez San Juan Bautista: Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi. Que Ella nos conceda la gracia de seguir fielmente el cayado del Pastor de nuestras almas, que nos guía y nos lleva a refugiarnos en el aprisco de su Corazón Inmaculado y a que seamos todos un solo rebaño, ciudadanos de la mística Ciudad de Dios. Que Ella nos sostenga con su intercesión para seguir los pasos del Buen Pastor que se hizo Cordero. Después de la victoria final, en ese cielo nuevo y tierra nueva[90], *los ángeles recibirán a todos*

[89] Ap. VII, 9-17.
[90] Ap. XXI, 1.

los hombres de buena voluntad que quisieron ser corderos con el Cordero y cantarán, en adoración y alabanza con ellos, el eterno y definitivo gloria in excelsis Deo al que está sentado en el trono y al Cordero[91]. *En las alturas de las praderas celestes cantaremos el Gloria a Dios, y allí estaremos por siempre jamás para alabarle, bendecirle, adorarle, glorificarle, darle gracias, por su inmensa gloria a Dios Padre todopoderoso y a su Hijo unigénito Jesucristo, Señor Dios,* ***Cordero de Dios****, Hijo del Padre*[92].

Padre José Ramón M.ª García Gallardo.

[91] Ap. V, 13.

[92] Gloria, doxología litúrgica de la Santa Misa El Gloria es un himno antiquísimo y venerable con el que la Iglesia glorifica a Dios Padre y también glorifica y suplica al Cordero.

Miguel Miramón,

El general de Pío IX en Méjico

Miguel Miramón (1831-1867) fue un general ultramontano mejicano que defendió a la Iglesia Católica de los atropellos de los liberales en Méjico. Su lucha tuvo su etapa fulminante entre los años de 1857 a 1867, a este periodo se le conoce como La Gran Década Nacional, por las luchas entre conservadores y liberales, (y podemos decir que también contra algún que otro ultramontano).

Pero Miguel Miramón es más que esas luchas, por ello intentaremos conocerlo un poco mejor;

Nació un 29 de septiembre de 1831, fiesta de San Miguel Arcángel en la Ciudad de Méjico en el seno de una familia marcada

con dos acentos; la disciplina militar de su padre y la piedad católica de su madre. Estos dos aspectos importantes para la vida del joven Miguel Miramón serían después los pilares por los que lucharía durante su vida; Dios y el Ejército, al que en su conjunto lo llevaría a ser parte del ejército de Dios.

Como niño Miguel Miramón era algo travieso y por sus constantes travesuras le tocó ir al Colegio Militar, para formarse como todo un hombre. Es curioso, pues desde esas tempranas épocas, la defensa de la religión le fue marcando el camino: un cura amigo de la familia le hizo jurar a la sazón al joven Miguel antes de ir al Colegio Militar, que daría su vida para defender la Santa Religión Católica; tesoro de sus mayores y camino de su futuro.

Ingresó formalmente al Colegio en 1846, teniendo apenas 14 años de edad. En dicha institución castrense se formarían también grandes militares mejicanos, como el general Manuel Ramírez de Arellano, gran amigo de Miguel Miramón, con quien compartió buenos y malos momentos.

Uno de esos malos momentos fue la invasión de la llamada Unión de Estados del Norte en Méjico, por aquellos años Estados Unidos y Méjico no llevaban buenas relaciones, los estadounidenses querían someter a Méjico y quedarse con sus tierras, los mejicanos no permitirían dicho atropello y se inició una guerra entre los años 1846 y 1848. Esa lucha hará recordar a

más de uno los conflictos heredados entre dos mundos, el mundo católico y el mundo protestante, continuación de las grandes luchas entre España e Inglaterra, para ese tiempo; Méjico hijo de la España católica se enfrentaba a Estados Unidos hija de la Inglaterra protestante.

Pues bien, al joven Miguel Miramón y a sus compañeros cadetes les tocó defender la Ciudad de Méjico de los ataques «yankees». Unos jóvenes valientes se enfrentaban contra los invasores, estos niños serían conocidos como los «niños héroes» y Miramón sería uno de estos niños convocados a defender su patria.

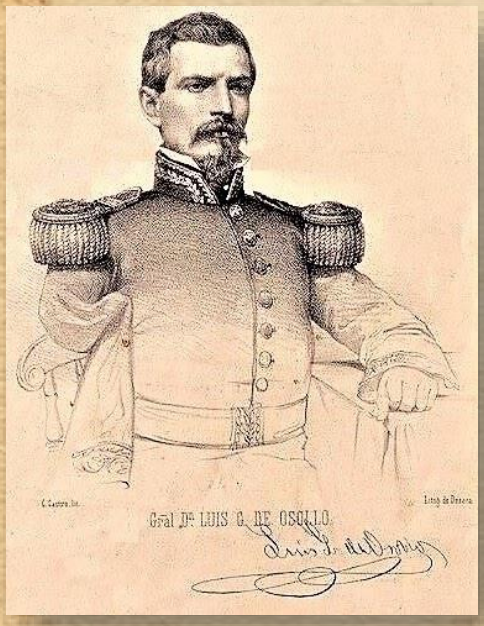
Lamentablemente para Miramón y los mejicanos la victoria no jugó de su lado, y los estadounidenses llegaron a ondear su bandera días más tarde en la capital mejicana.

Los estadounidenses como protestantes no respetaban las tradiciones católicas de los mejicanos, incluso se dice que cuando pasaba el Santo Viático los estadounidenses se burlaban y no descubrían su cabeza, cosa que enfadó a los mejicanos lo que provocó que los invasores recibieran lluvias de piedras desde las azoteas de las casas. Este hecho nos recuerda a lo que dice el Evangelio de San Lucas; «Os digo que si estos callaran, las piedras clamarían». Y las piedras clamaron para doblegar a aquellos que no se postraban ante el Santo Sacramento del Altar.

Al final, cuando los estadounidenses volvieron a cruzar de regreso el río Grande debido a la firma del tratado Guadalupe Hidalgo (1848), Méjico perdía gran parte de sus territorios en el norte del país.

Batalla de Chapultepec

Después de la guerra, el joven Miguel Miramón era condecorado por su defensa de Chapultepec frente a la invasión, y su carrera como militar continuó en ascenso. Fue demostrando que era un hombre de grandes conocimientos y talentos para el arte de la guerra, siendo la artillería su gran fuerte. Pero estos ascensos se vieron interrumpidos cuando una facción liberal se hizo con el gobierno de Méjico mediante la Revolución de Ayutla (1854). Esta revolución pretendía iniciar el camino radical para despojar la presencia de Dios en la sociedad mejicana.



Miramón ya como un oficial del ejército mejicano decidió tomar partido en un momento tan terrible para Méjico, favoreciendo la contrarrevolución ideada en Zacapoaxtla, en la que participaron grandes militares católicos, entre otros, Luis G. Osollo y Tomas Mejía, todos ellos unidos

bajo el grito de; ¡Viva la Religión y los Fueros!

Miguel Miramón se sumó a la contrarrevolución de Zacapoaxtla, e iniciaba así su lucha contra el gobierno de Comonfort, quien quería establecer una Constitución liberal en el país, y así con dicho documento golpear a la Iglesia Católica y al Ejército. En 1857 se aprobó esa Constitución e inició una guerra entre liberales y conservadores, ambos bandos eran revolucionarios, pero unos querían una revolución más acelerada que otros. Por su parte Miguel Miramón representó a otra estirpe de caballeros, una que se fue formando con el caminar de la lucha; la de los ultramontanos, aquellos soldados que decidieron defender el lugar de la Iglesia Católica en Méjico y los postulados antiliberales del Papa a la sazón Pío IX.

Tomás Mejía

Miguel Miramón participó en la guerra civil que es conocida en la Historia de Méjico como Guerra de

Reforma o Guerra de Tres Años (1857-1861), y favoreció a aquellos que se opusieron al «gobierno» de la Constitución liberal de 1857 con en el Plan de Tacubaya (1858). Durante el conflicto, Miramón fue un destacado general católico mejicano cuyas grandes victorias y actuaciones en el campo de batalla, aunado a su defensa de la Religión, lo hicieron ser reconocido entre la gente con el nombre del Joven Macabeo- apelativo que aludía al heroísmo del héroe bíblico Judas Macabeo-, a su paso se escuchaban vivas y en las capillas se ofrecían Te Deum.

Ante la creciente fama de nuestro general, la gente le componía poemas en su honor y juraban que su espada era guiada por el propio San Miguel Arcángel ya que el general católico la había ofrecido al Arcángel en Guanajuato;

«Gloria y Honor al inmortal guerrero,

A Miramón cuya invencible espada,

Supo humillar el atrevido acero,

Del que impugnó la Religión Sagrada».

La gran capacidad y compromiso de Miguel Miramón lo llevaron a ser presidente de Méjico con tan solo 27 años, enfrentándose con otro presidente; Benito Juárez liberal y masón convencido de la necesidad de destruir a la Iglesia en Méjico. Como la crisis política era tan grave en Méjico hubo dos presidentes.

Durante ese tiempo los liberales habían comenzado a proponer y llevar a cabo una serie de leyes contrarias a la Iglesia Católica, las también conocidas como Leyes de Reforma. Durante la presidencia de Miguel Miramón y con Méjico dividido, el Joven Macabeo decidió echar abajo las leyes propuestas por los liberales. Convocó a los obispos mejicanos para hacer frente a los ataques liberales que eran aplaudidos por la masonería y promovidos por los Estados Unidos de Norteamérica.

Así es, una vez más para la desgracia de la historia mejicana, los E.E. U.U. volvieron a intervenir en un conflicto en Méjico, los «yankees» apoyaron a los liberales y las fuerzas de Miramón se vieron derrotadas.

Esa derrota llevó a nuestro defensor de la Iglesia al exilio, salió de Méjico con dirección a Europa en dónde tendría nuevas aventuras.

Su exilio de 1861 a 1863 fue una oportunidad para que Miguel Miramón pudiera conocer a grandes personajes de la tradición política católica.

Llegó a ser recibido en audiencia privada por el propio Papa Pío IX, líder de la cruzada contra el liberalismo de esos años. El Romano Pontífice estaba admirado de conocer a un hombre que había defendido el lugar de la Iglesia en Méjico, por lo que sería condecorado como caballero de la orden piana: en ese momento el Joven Macabeo dejaba de ser un simple general, y pasaba a ser un general de Papa.

También el propio Miramón pudo entrevistarse con el rey Francisco II de las Dos Sicilias, quien apenas había sido víctima de los atropellos de la revolución italiana. El general mejicano estaba admirado de la causa del rey Francisco II, de aquella causa que unía a los católicos legitimistas y contrarrevolucionarios, la causa de la Tradición.

Los andares legitimistas y contrarrevolucionarios de Miramón no terminaron en la península itálica, un tiempo llegó a vivir un tiempo en España y se declaró favorable a la causa de Don Carlos V y sus herederos.

Fue después en Francia cuando para su sorpresa, se encontró con una delegación monarquista mejicana que pedía un rey para Méjico, lamentablemente el rey que pedían esos monárquicos no era el rey legítimo, sino uno propuesto por el propio gobernante francés a la sazón; Napoleón III.

Durante aquellos años los franceses tenían en mente establecer un gobierno favorable a Francia en Méjico, por ello accedieron a las

peticiones de esos monárquicos desesperados, dándoles un emperador de chocolate e inútil. ¿Por qué inútil? pues los monárquicos mejicanos creían que ese emperador vendría en su ayuda contra la república liberal de Benito Juárez, nada más alejado de la realidad, al final el emperador que mandó Napoleón III fue el hermano menor de Francisco José de Habsburgo. Ese caballero era Maximiliano de Habsburgo, de quien se sabía dentro de las cortes europeas que dicho príncipe era de ideas liberales como las de Juárez y algunos llegaron asegurar también su pertenencia a la masonería.

Nada bueno le esperaban ni a Méjico ni a Miramón, pues el Joven Macabeo luchaba por el Méjico Católico. Desesperado por la situación por venir llegó ofrecer su espada a Juárez, no porque Miramón fuera liberal, sino porque vio una gran amenaza en la intervención francesa, al final Juárez lo desdeñó completamente.

Con la implantación y el triunfo fácil de la causa francesa, Méjico dejó de ser una república y se constituyó como una monarquía constitucional.

Nuestro General, sin más opciones aceptó la intervención francesa y el imperio de Maximiliano. Ahora bien, ¿por qué la aceptó?, la respuesta es clara, no tenía ninguna otra opción para poder regresar a Méjico. Esto no significó que Miramón haya claudicado en la lucha

por la fe católica, sino que únicamente buscó la forma de regresar al país.

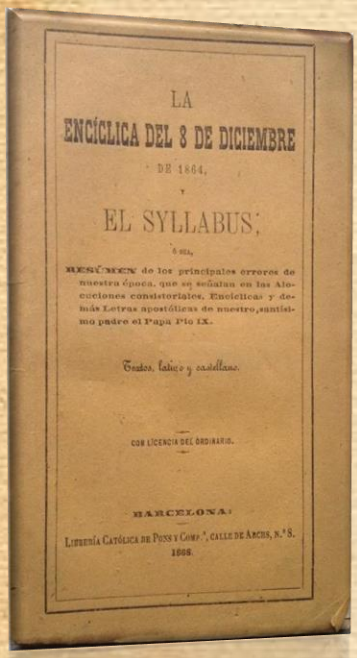
Ya en Méjico, llegó a tener problemas con todos, fueran liberales, conservadores, republicanos, monárquicos o franceses. Esto fue debido a que no dejó atrás sus ideas contrarrevolucionarias y ultramontanas por algún puesto o privilegio.

El Miramón reaccionario que había tenido problemas con Juárez por su defensa de la religión y los fueros, volvía a tener dificultades, pero ahora con Maximiliano y los franceses, quienes no tardaron en ver la ocasión para mandar nuevamente a Miramón al exilio europeo por considerarlo un católico reaccionario, fanático y mocho.

De esa manera el Joven Macabeo volvía a irse exiliado a Europa bajo el pretexto de que tenía una comisión de estudios militares en Prusia.

El segundo exilio de Miramón fue de gran ayuda para el Joven Macabeo, ya que pudo afianzarse en sus ideas contrarrevolucionarias, logró entrevistarse nuevamente con el Papa Pío IX, en aquellas reuniones se manifestaron molestos en su examen del devenir de la revolución en Méjico, tanto en su forma radical con Juárez, como en su vertiente moderada con Maximiliano, estos dos hombres sin importar si eran republicanos o monárquicos, maltrataban por igual a la Iglesia en Méjico.

Fue durante aquella época en que también llegó a leer la doctrina antiliberal expuesta por Pío IX en su encíclica *Quanta Cura* y su anexo el *Syllabus errorum complectens praecipuos nostrae aetatis errores*, adhiriéndose inmediatamente al magisterio de Pío IX, confirmando así el carácter ultramontano del Joven Macabeo.


LA
ENCÍCLICA DEL 8 DE DICIEMBRE
DE 1864,
Y
EL SYLLABUS;
Ó SEA,
RESÚMEN de los principales errores de nuestra época, que se señalan en las Alocuciones consistoriales, Encíclicas y demás Letras apostólicas de nuestro santísimo padre el Papa Pío IX.
Textos, latino y castellano.
CON LICENCIA DEL ORDINARIO.
BARCELONA:
LIBRERÍA CATÓLICA DE PUSS Y COMP.ª, CALLE DE ARCHS, N.º 8.
1865.

Miguel Miramón llegó a tener otra oportunidad para regresar a Méjico, esta vez se presentó cuando la tropas francesas, que habían apoyado a Maximiliano para establecerse como emperador en Méjico, tenían que retirarse para defender su propio país de las amenazas prusianas.

A su regreso a Méjico se reincorporó en el ejército imperial, no para luchar por Maximiliano, sino para continuar la lucha que lo había motivado en Zacapoaxtla a defender *«la Religión y los Fueros»*, así como la que en 1858 lo había llevado a apoyar el Plan de Tacubaya intentando reactivar la lucha de la patria católica frente a la Constitución de 1857.

El ejército de Maximiliano fue derrotado en junio de 1867, los altos mandos del ejército imperial fueron arrestados y acusados falsamente de traicionar a la patria, entre ellos se encontraba Miguel Miramón. Llegaba el fin de su vida, era sentenciado a muerte por fusilamiento. En una carta a su esposa, Miguel Miramón expresó su profunda Fe, comentaba que en un momento tan difícil como el de

enfrentar la muerte *«todas las puertas estaban cerradas, menos las del cielo».*

El general Miguel Miramón fiel a su pensamiento católico confió en la Providencia incluso en la hora de su muerte, como lo había hecho durante toda su vida. Antes de morir y con su último aliento gritó un «¡Viva Méjico!», pero ese Méjico que vitoreaba no era ciertamente el republicano y liberal encarnado por Juárez, sino el Méjico católico por el que siempre dio su vida, como soldado de Dios y del Papa.

Podemos concluir que al Joven Macabeo le faltó algo de lo que Hispanoamérica adoleció al quedar huérfana tras las nefastas guerras

de revolución de independencia, echó en falta un gran señor a quien servir, como diría el Cantar del Mío Cid:

¡Qué buen vasallo sería si tuviera a un buen señor a quien servir!

Ese señor es el Rey Legítimo de las Españas, intentemos imaginar al general Miguel Miramón al servicio de Don Carlos VII, tremenda lucha y gran terror a los enemigos de Dios y la Tradición.

Sea el ejemplo del Joven Macabeo un eco para nosotros como jóvenes carlistas del gran tesoro que tenemos en la defensa de la Santa Tradición de manera completa, sosteniendo nuestra fidelidad al Dios Verdadero, a la Patria Católica y al Rey Enrique V, Abanderado de la Tradición.

Inés Suárez

Conquistadora, militar y enfermera

Nuestra valerosa e indómita mujer nació en Plasencia (Cáceres), en el año de 1507. Su apellido solía escribirse también como Juárez.

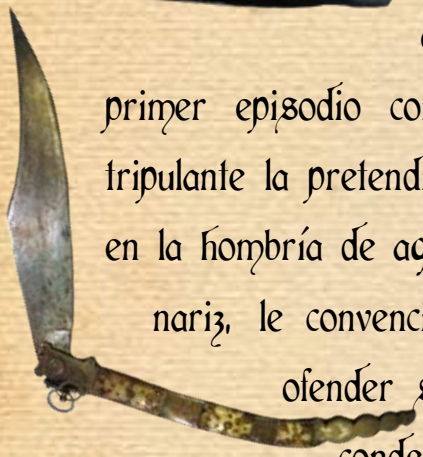
Casada en Málaga, poco sabemos de la vida en España de la que después se escribirá; *«mujer de mucha cristiandad y edificación de nuestros soldados»* y que *«debió venir al Nuevo Mundo tras su marido, el que habría fallecido en la batalla de Las Salinas, entre almagristas y pizarristas. Al saberse viuda, según testimonio de los regidores Quiñones y De los Ríos, experimentó gran sufrimiento y quiso hacerse religiosa»*.

Su esposo, Juan de Málaga, un comerciante que había hecho fortuna en el Mediterráneo pero que había caído en combate en un lance bastante discutible, pues al parecer fue enviado a una emboscada para quedarse el del hermano de Pizarro con todos sus bienes.

Pero no adelantemos acontecimientos.

En 1537 obtuvo una licencia especial por ser mujer de un adelantado, ya que en su época no se permitía que las mujeres viajasen

solas. fue en busca de su marido, en la nao de que era maestre Manuel Martín. Debieron de jurar por ellas, declarando que no eran de las personas con prohibición de pasar al Nuevo Mundo, el capitán Marañón y Juan Garrote, vecino de Santa Cruz.



Resuelta, nada temerosa y valiente ante las circunstancias, afloró su personalidad hispana en el primer episodio conocido; durante la navegación a Maracaibo, un tripulante la pretendió ofensivamente. Una magnífica y acertada patada en la hombría de aquel desgraciado y una hoja de navaja dentro de su nariz, le convencieron de que a una mujer española no se puede ofender sin castigo. Tal fue así que el capitán de la nao condenó al empecinado el resto del viaje (que no era breve) a dormir al raso y hacer las guardias en la cofia de la embarcación. Con tal mujer en la nao, la caballerosidad volvió a reinar en cubierta.

Llegando a Perú, le informarían de la triste muerte de su marido en la primavera de aquel hemisferio. Era abril de 1538. Al ser viuda de militar recibió una encomienda que rápidamente convirtió en una fértil cooperativa de producción agrícola rodeada

de nativas que se llevaban un porcentaje de los beneficios además de construirles una modesta casa a cada una de ellas

Pudo conocer a Pedro de Valdivia en Venezuela, aunque lo más probable es que ese primer encuentro fuese en Cuzco. Al resolverse a emprender la conquista de Chile, tarea en la que había fracasado Diego de Almagro, Pedro de Valdivia resolvió llevarla en su compañía. Debió de solicitar la autorización del obispo Valverde, pretextando que quería llevarla en calidad de sirvienta.

Cuando Valdivia estaba preparado para emprender su marcha, llegó al Perú, de regreso de España, un tal Pero Sancho de Hoz, hidalgo de Calahorra, que traía tres Reales Cédulas que lo autorizaban para navegar en dos barcos equipados por él mismo y conquistar las tierras que quedaban a ambos lados del Estrecho de Magallanes, como, asimismo, todas las tierras próximas que no estuviesen dadas en gobernación.

Pizarro autorizó en 1539 a Valdivia a explorar Chile, pero la recaudación para financiar tamaña conquista era tan difícil que a punto estuvo de tirar la toalla. Inicialmente, sólo 11 soldados de caballería perfectamente pertrechados con arcabuces y ballestas, con espadas y dagas, arpillera para el camuflaje y saco de dormir a la par, junto con algunas vituallas, se enrolaron en la aventura.

Inés Suárez acompañaba a aquella decidida tropilla tras haber vendido sus alhajas y enseres para así poder hacerse con su montura y poco más. Una espada toledana hecha a su medida con protección en la empuñadura y un peto metálico, eran todo su haber. En la época de la que hablamos, era inusual que una mujer se integrara en un ejército, pero la aventura y la exploración de aquellas tierras desde el terrorífico desierto de Atacama hacia el sur en Tierra de Fuego tenían un carácter no solamente épico si no que era un reto de una magnitud colosal.

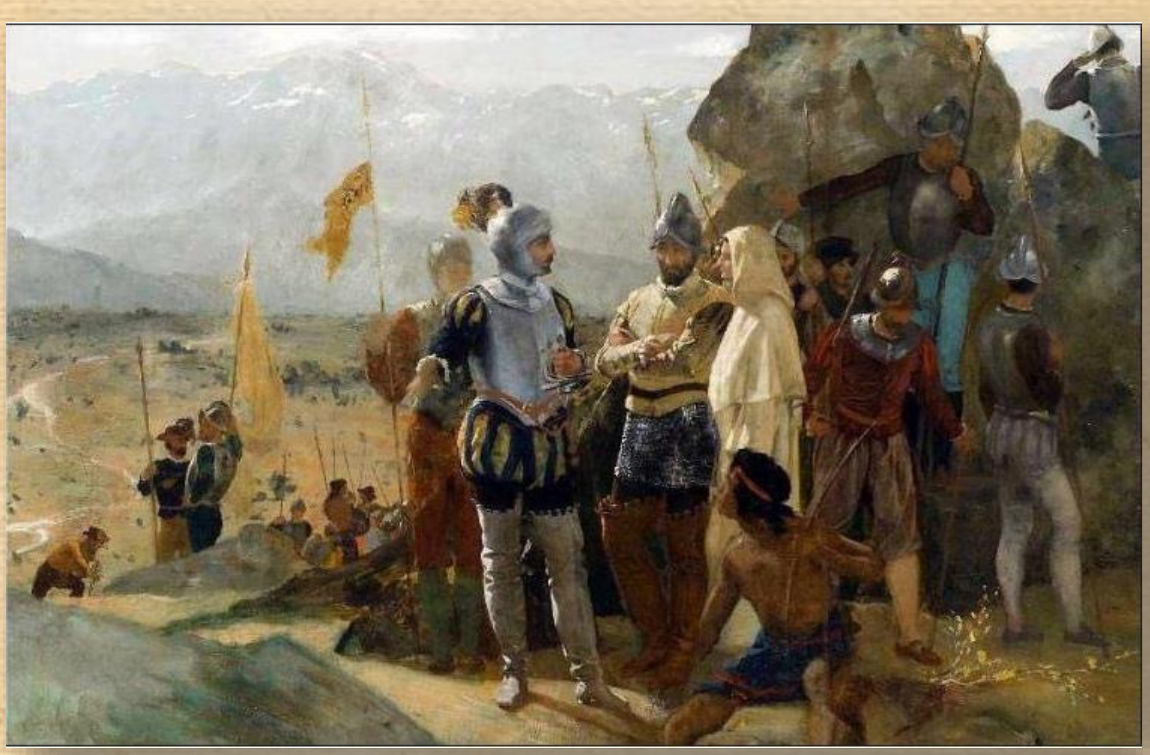
El 11 de enero de 1540 la expedición salía de Cuzco hacia lo desconocido. Muchos de los expedicionarios hasta sumar alrededor de un centenar de infantes y caballeros acamparon ese verano en Chiu Chiu. Pero aparece, sospechosamente, un tal Pedro Sánchez de la Hoz con cuatro calaveras con mal aspecto y peores intenciones.

Algo no iba bien.

Esa misma noche, acompañado de sus secuaces, se acercó a la tienda en la que dormía Valdivia, con tan mala fortuna que Inés de Suarez comenzó a gritar acudiendo presto el alguacil y media docena de soldados deteniendo a los villanos. Enterado Valdivia, como castigo, privó a Sánchez de los beneficios de la empresa y con mucha suerte

quedó aquello en solo, ya que era sobradamente conocido el carácter de Valdivia, presto en castigos más que ejemplares. Por otra parte, cinco soldados más, no venían mal.

Ya contaban con ciento cincuenta hombres, y cerca de un millar de porteadores indios. La travesía del famoso desierto de Atacama se convirtió en un rosario de desgracia, hambre y sed. Sólo el agua del rocío recogida sobre cueros vueltos superpuestos con una piedra en medio para forzar al caudal de agua a encontrarse en su base y las raíces profundas de las plantas que encontraban por el camino, permitían a aquellos intrépidos sufrientes sobrevivir.



Pero nuestra Inés Suárez tenía recursos hasta para esta situación. De pequeña, un zahorí local le había enseñado el arte de encontrar agua en medio de la nada. Cavando en un lugar predeterminado

y cuando se había profundizado alrededor de un metro, un agua inesperada brotó con una abundancia abrumadora para sorpresa de la tropa. Hoy, a este lugar se le llama Aguada de Doña Inés, y aquel destacamento que circulaba por el desierto, llenó pellejos, botas y todo aquello que fuera susceptible de albergar agua, pudiendo seguir adelante.

En el invierno austral, hacia 1540, entraron en el valle del río Mapocho fundando la nueva capital con el nombre de Santiago de Nueva Extremadura, el valle en cuestión era fértil y sin carencias de agua. Entre dos colinas dispusieron sus posiciones defensivas con un perímetro de estacas de tres metros y pasillo interior con puestos de vigía. El río Mapocho a retaguardia, era una barrera natural infranqueable para cualquier asaltante, pero al mismo tiempo en el caso de verse desbordados por la empalizada en un asalto frontal, podría ser una verdadera trampa.

Inés Suárez era una analfabeta al salir de Extremadura, pero su curiosidad innata y ansias de saber eran ilimitadas.

Era Inés soldado de primera línea con manejo de la espada al nivel del mejor espadachín, con una probada precisión con la ballesta que impactaba a propios y extraños y un carácter indomable.

El 11 de septiembre de 1541, ausente Valdivia, la ciudad que estaba defendida por algo más de un centenar de arcabuceros y ballesteros fue atacada de improviso por una horda mapuche de dos millares de nativos. Fueron a rescatar a unos rehenes de valía que Valdivia había tomado. La lucha llegó al intramuros

convirtiéndose en un cuerpo a cuerpo de una brutalidad inenarrable en el que algunos perros mastines aumentarían la carnicería. La cantidad de indígenas que acudían a la batalla, eran ya incontables, obligando a replegarse a los españoles contra el río.

Inés Suárez se dio cuenta que, de producirse el rescate, los nativos considerarían la victoria como épica y la masacre de los españoles sería un hecho consumado. Sin más preámbulos se dirigió a la celda donde estaban confinados los cabecillas adversarios y sin más, les rebanó el cuello sin dilación ni titubeo alguno: a continuación, salió al patio y mostrando el rosario de cabezas a los asaltantes, estos huyeron despavoridos ar la tenacidad y fiereza de semejante mujer. Los soldados no daban crédito a lo hecho por aquella indomable mujer. Con cota de malla sobre su vestido y casco, sobre caballo blanco, se dispuso a liderar a los agotados soldados, superando el caos y la confusión.

El jefe indio Michimalongo, años más tarde, reconocería personalmente el valor de Inés Suárez, a la que ofreció el más alto símbolo que se podía conceder para honrar a un guerrero; una pluma «mágica».

Por estos hechos y otros no menos interesantes de la vida de Inés Suárez, se dan noticias en los títulos de las encomiendas de indios que le concedió Valdivia en 1544 y 1546, calificándola además como «hijodalgo y persona de honra».

En 1548 se casa con Rodrigo de Quiroga, amigo, compañero de armas y cumplido caballero. Durante esta unión, que duró treinta años, ambos esposos, que no tuvieron hijos y que lograron hacerse ricos, emplearon parte de su fortuna en fundaciones piadosas a favor de la Orden de la Merced[1] y en la erección de una ermita en el barrio de la Chimba, en el sector norte de la ciudad, del otro lado del río Mapocho.

Se dice que vivió hasta los setenta y dos años y que murió en el año 1579 o 1580.

[1] Nuestra Señora de la Merced es la Patrona del virreinato donde se asiente el actual Chile. Los secesionistas quisieron eliminar la devoción tradicional de aquellas tierras, enfrentando absurdamente (como liberales que son) diversas advocaciones de la Virgen Santísima.

JUANITO, CRUZADO DE ESPAÑA

(OCTAVA PARTE)

EN EL MONTE

Alfonso aprovechó el estado de inconsciencia del sacerdote para alcanzar la orilla y huir por la ladera arriba, apoyándose con dificultad en los pinos y alcornoques que tamizaban la subida de la montaña, después de aquella refriega con un rival que esperaba fuese mucho más débil.

Juanito se acercó al sacerdote, que, con el rostro ensangrentado, respiraba como suma dificultad. Con las fuerzas que le quedaban, y sujetándolo por las axilas, arrastró a don Gonzalo al objeto de sacarlo del agua del torrente, que bajaba casi helada desde la cumbre. La noche ya comenzaba a caer y dejaba sentir su gélido aliento. La

distancia hasta el refugio, ahora inseguro, era insalvable.

Levantando la vista, y rezando el memorare, vio al rojo escapar con dificultad y perderse entre la floresta con los comprometedores papeles. Juanito volvió la vista al sacerdote que continuaba inconsciente mientras le venían a la mente las muertes que no habían podido evitar. Roído por esa tristeza se abandonó a la voluntad de la Divina Providencia y consideró que, en el presente, tenía entre sus pequeños brazos la vida de un sacerdote del que ahora era responsable.

¡Padre, Padre, ¡despierte! Entre la oración gritaba al padre para que despertara, le zarandeaba para que se espabilara mientras con la manga de su brazo derecho le limpiaba el rostro de sangre que mezclaba con el agua del torrente no le coagulaba.

Al fin, el padre abrió los ojos y pudo ver con alegría que Juanito seguía vivo; al instante, el joven le besó las manos con el alborozo de quien se reencuentra con sus padres después de un muy largo tiempo.

— Padre, pensé que iba a morirse.

Sonriendo y dibujando una pequeña mueca de dolor, se incorporó apoyándose en su joven amigo; no sólo la pelea y la huida habían dejado huella en su cansado cuerpo, sino que la edad también le pasaba factura. Con una manga de la camisa vendó las heridas y terminó por erguirse sabiendo

que, si el Señor aún le mantenía vivo, era para hacer su voluntad. Se dio cuenta de que aquel joven no había dudado en atacar al rojo para defenderlo. A pesar de estar muy débil y flaco por el hambre, lo había seguido para salvarlo, por lo que vino a su memoria que era un sacerdote de Cristo Rey.

Muchas vidas estaban en peligro, señaladas en los papeles que llevaba el rojo, pero la noche apremiaba tomar una decisión, así que, ambos remontaron la ladera entre acacias, pinos, alcornoques y castaños por donde había desaparecido Alfonso. El optimismo les iba embargando a medida que ascendían a pesar de que los matojos le rasgaban los pantalones, ya de por sí maltrechos, y el frío comenzaba a cebarse en sus cuerpos mojados.

Iban recitando al unísono la avemaría, remarcando en voz baja «...ora pro nobis pecatoribus...». Pese a todas aquellas dificultades sus corazones se llenaban de alegría, porque la Cruz de Cristo es dura, pero es Cruz de Salvación.

¿Hacia dónde se dirigía el rojo? El pueblo más cercano había sido masacrado por sus camaradas y hacía pocos días que dejaron de verse las llamas de la Iglesia, a estas alturas las alimañas hambrientas no habrían dejado siquiera los restos de los cadáveres de los que habían encerrado dentro, dejándolos abandonados.

Seguramente habría algún campamento camuflado entre el bosque, en un lugar asequible a la par que fácilmente defendible en caso de ataque; con alguien haciendo guardia a cierta distancia para evitar sorpresas.

Tal y como había dado entender el rojo con sus comentarios y posterior huida el padre dedujo que no debía encontrarse muy lejos, y mucho menos en una posición difícil de alcanzar, así que buscarían, no en el fondo del valle, sino en los promontorios que ofrecían las montañas, esos miradores naturales, excepcionales, que antaño usaban los lugareños para disfrute y solaz, pero que hoy se habían convertido en nidos de asesinos.

La noche ya había caído y cubría hasta el más mínimo rincón bajo un cielo encapotado que no permitía a la luna ni dibujar las sombras del horizonte. Los tropiezos con el roquedal, las ramas caídas y las raíces entrelazadas de los grandes árboles, convertían el avance en tarea ardua, casi imposible; caminando la mayor de las veces a cuatro patas o incorporándose por los continuos tropiezos que les impedía volver a recuperar completamente las energías.

Con esa marcha sin avance apenas, Juanito le hizo saber al Padre que debían hacer un alto. Don Gonzalo asintió, pues reconoció que continuar en aquellas condiciones era malgastar fuerzas que, de seguro, les serían necesarias tras el amanecer. Resueltos se acomodaron cada uno en sendas oquedades que las emergentes y gruesas raíces de

un castaño les ofrecía. El sacerdote ya estaba seco y casi repuesto de los golpes, y así se lo hizo saber a Juanito, que intentaba ofrecerle entre aquella penuria el mejor de los hoyos.

A la par que asombrado, se sentía aturdido por la energía que no abandonaba al joven, lo miraba ya recostado con la distancia que marcaba la gruesa y musgosa raíz que les separaba, como se acomodaba entre hojas secas e insectos sin queja ni atisbo de agotamiento. Ensimismado en estos pensamientos se ausentó de la realidad, cuando, de improviso, Juanito se incorporó como un muelle que suelta toda su energía y rompe en silencio del lugar con voz baja pero firme:

— ¡Las oraciones de la noche Padre!

¡Cuántos años llevaba de sacerdote! Y por primera vez se había dejado llevar por las circunstancias del momento: ¡Había que hacer las oraciones de la noche!

Ambos se hincaron de rodillas sobre aquella tierra mezclaba con pequeñas castañas de verdes espinas, todavía sin madurar, que se clavaban en sus rodillas cual pequeñas púas de cilicios improvisados, sin olvidar los diminutos insectos que pugnaban por escalar por sus piernas en busca de una comida segura o para no serlo ellos mismos.

Los primeros rayos de sol golpearon a los párpados de Juanito, quien se despertó tranquilo, mientras ponía su pensamiento en la Trinidad Santa que, delante, detrás, a izquierda y derecha sostenía su alma. Juanito observó que don Gonzalo dormía profundamente y se arrastró fuera del hueco en el que se había acomodado desplazándose unos metros sin despegarse del suelo, hasta que contempló lo que parecía el comienzo de una hoguera no mucho más arriba, prendida al abrigo del viento junto a la ladera rocosa de la montaña. Junto a ella, un hombre con una pierna vendada parecía profundamente dormido. ¡Era el campamento rojo, no se habían equivocado! Unos tres metros a la derecha de ese hombre, tapado parcialmente por unas piedras, Juanito reconoció el zurrón de don Gonzalo. ¡Allí estaban las cartas comprometedoras! El corazón comenzó a latirle con fuerza. El tiempo que Juanito había pasado forzosamente como rehén de Alfonso le había servido para conocer sus costumbres. Alfonso no partiría sin haber reparado fuerzas. Ahora había salido de caza, así que Juanito tenía tal vez una hora hasta su regreso y no se lo pensó dos veces.

Siguió trepando sigiloso incluso apoyándose con sus manos, pidiendo a cada paso a la Virgen Santísima que le diera valor contra los enemigos de su Hijo Jesucristo.

El corazón de Juanito latía desbocado, aunque sus movimientos eran precisos y sigilosos, semejantes a los de un ángel. En aquel lugar sólo estaba el miliciano herido. Sus ronquidos recordaban al ruido de un jabalí cebado. Juanito contenía su respiración cuando alargó el brazo y apartó a un lado las piedras que le permitieron tomar el zurrón, preciado tesoro que valía vidas. Emprendió la bajada intentando ser tan sigiloso como lo había sido a la subida. Los ronquidos del miliciano seguían produciéndose de forma rítmica. No obstante, cuando empezaba a ganar confianza, una bala pasó silbando cerca de su oído. En décimas de segundo observó a Alfonso y otros seis hombres que a unos ciento cincuenta metros se lanzaban en su persecución peñas abajo. Juanito pronunció el Santo Nombre de Jesús y decidió deshacerse del zurrón, arrojándolo a las aguas impetuosas del torrente que bajaba, caudaloso, unos metros más abajo de su posición. Allí desapareció bajo la espuma de las aguas.

El padre Gonzalo se despertó sobresaltado al escuchar el primer disparo y, desde la oquedad en la que se encontraba, alcanzó a ver a Juanito que se deshacía del zurrón para que no cayera en manos de sus seis perseguidores que en cuestión de segundos llegaron hasta él, sosteniéndolo entre

dos de ellos. Maldecían y blasfemaban dirigiendo sus ojos del torrente al muchacho, alternativamente. La tensión le hacía olvidar el dolor de la herida que la víspera parecía cerrada. Intentó mover la pierna y el brazo derechos y se dio cuenta de que no le obedecían.

—¡Maldito muchacho! — oyó exclamar a Alfonso mientras le escupía en la cara— ¡pagarás muy caro tu atrevimiento!

—¡No hay ni rastro del zurrón! —advirtió otro rojo que se había adentrado en el torrente con un palo y seguía intentando, en vano, dar con alguna de las cartas.

—¡Haceos a un lado, disparo yo! —chilló otro.

—Es un sucio reaccionario, pero es muy joven. Tal vez podríamos utilizarlo para sacar algo de dinero —terció el miliciano herido que se había acercado a trancas y barrancas, apoyado en un horcón.

—Es demasiado lo que ha hecho. Si ha sido mayor para tomar partido también lo es para responder salvo...

—Salvo, ¿qué? — preguntó el otro miliciano entornando los ojos.

—Salvo que blasfeme — sentenció Alfonso.

Entonces, Juanito, con una extraña tranquilidad en su voz clara y vibrante, respondió:

—Que Dios te perdone, Alfonso, lo que vas a hacer. Mi apostolado estará en el paraíso, desde allí

pediré a Dios por tu conversión a la fe de tu madre, que te espera.

—¡Cállate, bastardo! —gritó Alfonso fuera de sí mientras le daba un golpe descomunal en la cabeza con la culata de su rifle —¡blasfema!

Juanito sabía que rubricaba su joven vida en ese momento. En menos de un segundo recordó a sus padres, sus hermanitos pequeños, su casa, su prado favorito, a su maestro y a su párroco. Se rio de sus sueños de ir algún día a la ciudad. Miró en la dirección contraria a donde don Gonzalo yacía paralizado y dijo

—¡Corra, don Gonzalo! —y, a continuación, gritó — ¡Viva Cristo Rey!

Pelayos

Las Aventuras de Clara y Santiago

Hoy es un día especial para nuestros amigos. Se han enterado de que los rojos, esos socialistas y liberales, enemigos de Dios y las Españas van a hacer una manifestación y pintarrajear una iglesia. Van a impedírselo. Y se han organizado.

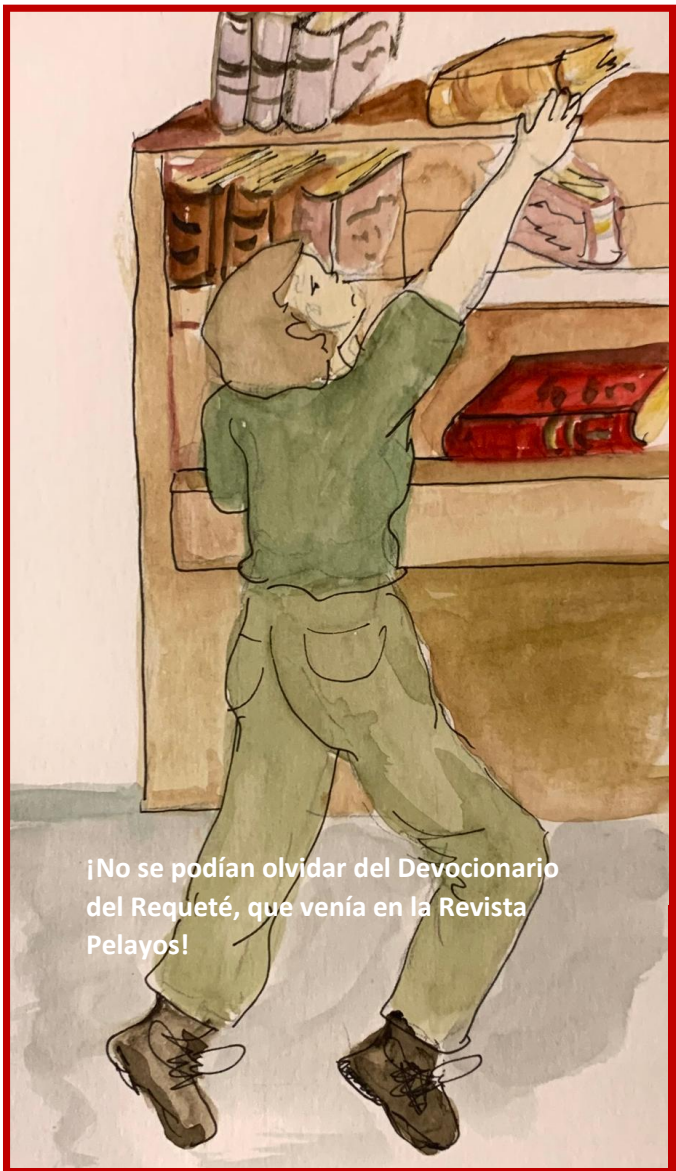
Han quedado en el parque para organizarlo bien. Allí se estaba ya Clara esperando a todos los amigos, pelayos y margaritas de su barrio, de su colegio y de la capilla. Tenían dentro del libro el plano de las calles por las que irían los rojos con sus insultos y ofensas a Nuestro Señor Jesucristo. Santiago sería el que los comandaría.

Antes tendrían que hacer las labores diarias de ese día.

Y al final, como ofrenda a la Virgen de los Dolores, Patrona de los Requetés, por la victoria, le llevarían un ramo hermoso de flores.

¡Ya tienen todo listo: las boinas y las banderas!

- El Rey, Enrique V, ¡estará orgulloso de nosotros!

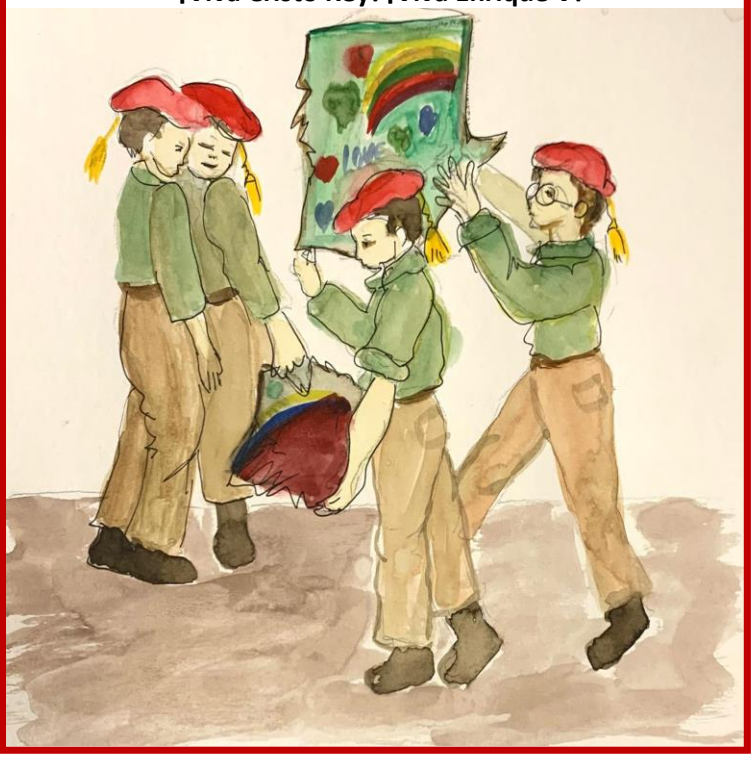


Ni de llevar de comer y una sorpresa (unos ricos pasteles de la abuela) como recompensa por el valor que iban a mostrar deteniendo a los liberales.

¡Viva Cristo Rey!

Clara ya había cortado las mejores flores del jardín de su casa, con permiso de su madre, para ofrecerla a la Patrona de los carlistas, porque el éxito sería sólo suyo.

- ¡Arrancad todos los carteles de estos infames!, gritaba Santiago. No dejaron ninguna propaganda de aquella basura por las paredes de su barrio.
- ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva Enrique V!



Al fin encontraron a los que pegaban aquella basura.

Ahora ya no serían tan valientes ante soldados de la Santa Tradición.

Y con el Crucifijo como Capitán, se dirigieron hacia ellos, obligándoles, no sólo a dejar de pegar, si no a huir.

Ahora sabrían esos mamarrachos que los españoles están aquí para defenderla.

- ¡Viva España Católica!, gritaban todos.

- ¡Huid cobardes!

Y mientras, la Cruz de San Andrés volvía a ondear, orgullosa, entre las manos de estos jóvenes pelayos.

En ningún momento rompieron filas, tal y como había ordenado el Jefe del Círculo. La obediencia había dado la victoria en esta escaramuza

Y allí estaban ahora en la puerta de la iglesia. Ya habían dispersado a los que pegaban aquellas porquerías y ahora tocaba defender a Nuestro Señor Jesucristo en su casa.
¡Un boina roja no retrocede jamás!
¡Somos pelayos de la Santa Causa!

Las Españas

El periplo por las Españas acababa de empezar y ya les esperaba el siguiente destino, así que al taxi y al aeropuerto ¡que no podían hacer esperar a los correligionarios!

Clara y Santiago iban que no cabían en sí de gozo, y ni cuenta se daban del cansancio; caminaban detrás de D. Ignacio, asombrados de como todos le conocían e, igual a él, iban con sus boinas rojas, era como si todos los momentos fueran acontecimientos de gala.

Pero, ¿a dónde se dirigían ahora? Nada llevaban material en sus maletas, pero se iban cargados, no sólo de conocimiento, sino del saberse aún más españoles, de encontrarse con la Hispanidad.

— Papá, ¿allí, cuando lleguemos, ¿qué se come?, preguntó Santiago muy pragmático, aunque estaba fascinado pensando hasta en la hora de comer.

— Ya lo verás, sonrió su madre contestándole en complicidad con su marido.

Realmente Santiago no era un «gran comedor», pero hasta ahora no había dejado nada en el plato en este viaje, todo le parecía sabrosísimo. Clara, sin embargo, iba preocupada por ordenar todas las fotos que habían hecho, a su regreso a casa.

— D. Ignacio, encantados de verle otra vez por aquí, nos alegra su compañía.

Así se dirigió el capitán del avión al amigo de la familia. Clara, rápidamente, le cogió la mano y con soltura le respondió:

— Es nuestro amigo y vamos con él por todas las Españas.

— Cuánto me alegra que le acompañe una joven margarita, porque ¿qué sería de nosotros sin la ayuda y apoyo de las margaritas? Usted, señorita es el apoyo de D. Ignacio.

Eso le contestó agachándose, hasta su altura, el capitán.

Clara se quedó impresionada: ¡ella, una niña, apoyo de D. Ignacio! Rápidamente el invadió el orgullo de ser margarita; no le asustó la tremenda responsabilidad que - sólo entreveía-, al contrario. Y más aún si venía de un capitán, aunque fuera de un avión.

— ¡Papá!, ¡papá!, otro carlista, gritó Santiago señalando con el dedo al piloto, con todo lo que podía estirar el brazo.

— No se señala con el dedo, Santiago, ¿cuántas veces lo hemos hablado ya?, dio por contestación su padre.

— Santiago -susurró Clara al oído de su hermano- somos un montón de carlistas.

Ya acomodados inició el despegue el avión rumbo a…

El siguiente punto que visitaron Clara y Santiago fue la Muy Noble y Leal e Imperial Ciudad de México, capital del reino de la Nueva España y punto central del extensísimo imperio hispánico que se extendió desde el Mediterráneo hasta los mares asiáticos.

En la plaza mayor de la capital, don Ignacio junto con Clara y Santiago se maravillaban de lo grandísima que era. Ahí se encontraron con José, un niño de la ciudad que vivía en la calle de Moneda.

— ¡Bienvenidos correligionarios! Estoy muy contento de poder enseñarles esta maravillosa ciudad. Espero que les guste el recorrido que les tengo planeado.

— Muchas gracias por recibirnos, José. Nosotros estamos muy emocionados por conocer tu ciudad natal, contestó D. Ignacio.

El primer lugar que visitaron fue la Catedral Metropolitana, el monumento de la ciudad. Santiago se impresionó de ver la altura de los campanarios y lo primero que preguntó fue si se podía subir a tocar las campanas.

— ¡Claro que se puede!, respondió José. -Si le pides permiso al padre Deán, seguro te deja subir a ayudarles cuando toquen las campanas. Yo las escucho todos los días a las 12 del mediodía en que tocan el Ángelus. ¡Suenan tan fuerte que yo creo que se escuchan hasta en España!

— Seguro se escuchan hasta en el cielo. Añadió Clara.

En el interior de la Catedral, don Ignacio se sintió como en casa. El parecido con cualquier catedral peninsular era asombroso. Incluso encontró santos e imágenes que se veneraban en el Viejo Mundo.

— ¡Miren niños, nuestra Señora de las Angustias de Granada! ¡Aquí está la Señora de la Antigua! ¡Santa Teresa de Jesús!

Cuando llegaron al altar de los Reyes, los cuatro se quedaron con la boca abierta. La corte celestial de santos reyes enmarcados en el precioso retablo los dejó sin aliento. Don Ignacio reconoció a todos los santos del altar.

— Ahí está San Fernando, nuestro rey que conquistó Sevilla. Allá está San Luis, hijo de nuestra paisana Doña Blanca de Castilla. Allí está Santa Isabel de Portugal, una antecesora de nuestros reyes. Es increíble que todos estos reyes hayan vivido santamente y ahora los veneremos en este altar tan lejos de su tierra natal.

— A mí me gusta mucho entrar aquí- dijo José- y a pesar de venir muy seguido, siempre me quedo impresionado de lo bonito que es. Aquí acostumbro a rezar por nuestro señor Don Sixto.

— Propongo que hagamos un *paternoster* por toda la dinastía legítima y por el triunfo de la Santa Causa. Dijo Clara. Todos estuvieron de acuerdo y se arrodillaron para pedir al cielo por las almas de nuestros reyes y por el devenir de la Causa.

Al caminar por la nave de la catedral, don Ignacio sintió que el piso se movía y casi se cae.

— ¡Cuidado don Ignacio! -dijo José.

— ¿Estás bien? -preguntaron Clara y Santiago.

— Sí, niños, estoy bien. Sólo que de repente sentí que el piso no estaba parejo, les comentó don Ignacio.

— ¡Ah! Ha de ser porque la Catedral se está hundiendo -entendió José rápidamente, el piso está chueco y si soltáramos una canica, se iría rodando hasta la puerta. Hay que recordar que esta ciudad está en una laguna.

¡Una catedral en medio de una laguna! Bien pudieron decir los arquitectos novohispanos lo mismo que los sevillanos: *"Hagamos una catedral tan grande -y en medio de una laguna- que nos tomen por locos."*

Después de visitar la Catedral, José llevó a sus amigos a ver las ruinas del Templo Mayor.

— Aquí están las ruinas de la antigua Tenochtitlan. En esta pirámide se sacrificaban corazones al sol para que pudiera salir nuevamente cada mañana, o eso creían los aztecas, les indicó José.

— Los antiguos mexicanos tenían una religión con algunos aspectos similares a nuestra Santa Fe, pero el demonio los tenía engañados para cometer semejantes aberraciones como sacrificar humanos y comerse su carne, comentó don Ignacio.

— ¡Qué feo debía de oler el lugar con toda la sangre desparramada!, dijo Clara.

— Y cuando el capitán Hernán Cortés subió por primera vez, lo primero que ordenó fue que limpiaran todo y puso una Santa Cruz y una imagen de Nuestra Señora y les prohibió volver a hacer sacrificios— agregó José.

— ¡Así se conquista un reino para Nuestro Señor!, gritó Santiago, que hizo despertar del letargo a Jarrón, preparándose para cualquier ataque, al fin y al cabo, no le tenía miedo ni al moro infiel ni a sacrificadores de personas.

La visita continuó por las calles de la ciudad donde a cada paso se encontraban con un palacio, una iglesia, un convento o un museo.

— Se parece a cualquier otra ciudad de España, apuntó Santiago.

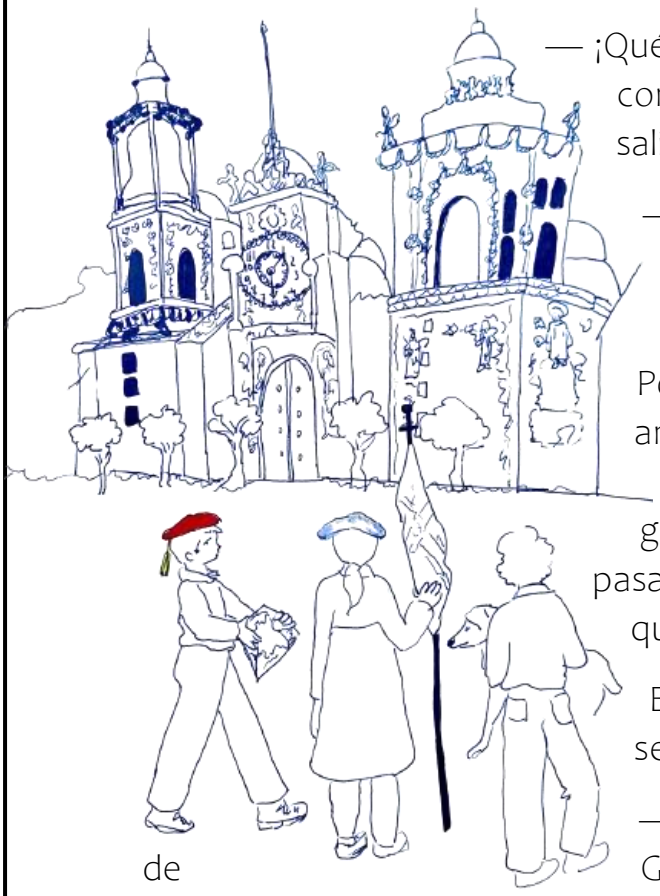
— Es verdad -respondió Don Ignacio -, se parece mucho a Madrid o a Granada.

— Pero las paredes son de otros colores y las calles más anchas, observó Clara.

— Esa piedra roja que ven se llama tezontle, y además de ser muy ligerita también tiene un bonito color. Aquí casi todas las casas e iglesias en lugar de estar pintadas,

tienen paredes de tezontle y a mí me gustan mucho. Dijo orgulloso José, que iba sin separarse de Jarrón, que le había cogido especial cariño, moviendo el rabo todo el tiempo.

— Un escritor mejicano dijo que «*el tezontle es rojo como el terciopelo, y la cantería blanca como la palta*», agregó don Ignacio.



— ¡Qué bonito! Casas con paredes de terciopelo y plata, como un palacio, respondió Clara emocionada, saliendo a relucir lo detallista que era.

— Por eso a esta ciudad la llaman «La Ciudad de los Palacios», comentó José muy orgulloso de su ciudad.

Por último, José que era muy valiente, subió a sus amigos al metro y los llevó a ver a la Reina y Señora de la Ciudad: La Virgen de Guadalupe. Jarrón, gustoso de las distancias, les hizo a saber a todos los pasajeros, mostrando su blanca y reluciente dentadura, que José era su amigo del alma.

En el atrio del santuario, José les mostró todo lo que se podía contemplar desde ese punto.

— Miren amigos, aquí se puede ver la Nueva Basílica de Guadalupe, es tan grande que diez mil personas caben dentro. Luego está la Antigua Basílica de Guadalupe, también se está hundiendo como la Catedral, e incluso creían que se iba a caer. Detrás está el cerro del Tepeyac, donde Nuestra Madre de Guadalupe se apareció al indio San Juan Diego y le dijo que cortara rosas de Castilla para llevárselas al Obispo como señal de que aquí quería un santuario para escuchar los ruegos y dolencias de todos sus hijos.

— ¡Ahí está la santísima Virgen! -dijo emocionada Clara - ¡Vamos a verla de cerca!

Pasaron tan cerca del bendito ayate de Guadalupe que don Ignacio no pudo contener las lágrimas. Clara rezó con todo su corazón por todas las Margaritas. Santiago y José contemplaron lo hermosa que era la Virgen con su manto turquesa, el sol a sus espaldas y la luna bajo sus pies.

Por último, subieron el cerrito del Tepeyac y desde el mirador, pudieron contemplar todo el valle de Méjico. Toda esa tierra bendita que fue conquistada para el Rey y para la Iglesia por la Virgen Santísima y por todos los soldados cristianos, indios y

peninsulares, para que en ella se enarbole la bandera de la santa cruz y el estandarte del Rey Católico. Jarrón no pudo evitarlo y empezó a aullar para que se le oyera en los confines, como grito de guerra que despertara a todos los hijos de la Virgen para reconquistar su tierra para ella.

— Ojalá tuviéramos más tiempo para recorrer todas las villas y pueblos alrededor de la ciudad, dijo José con tristeza, pareciéndole que había enseñado muy poco.

— ¡Esta ciudad es inmensa! Haría falta una vida para recorrerla toda, comentó don Ignacio en conformidad con los padres de nuestros amigos, que gozaban viendo a sus hijos aprendiendo y disfrutando tanto.

— Lo que hemos visto nos ha gustado mucho, de veras que es como estar en una Nueva España, dijeron a la vez Clara y Santiago.

Madre de La Hispanidad

Nuestra Señora de las Lajas

En el año 1754 María Mueses de Quiñónez, popularmente conocida como «La Juana» descendiente de los caciques de Potosí, caminaba por los peñascos abismales de las Lajas, al

sur de Colombia, situado entre dos poblaciones: Ipiales, antigua fundación española para adoctrinamiento de los lugareños, y Potosí, caserío indígena separado por el río Guáitara, al que sólo se llegaba por un largo tronco, rudimentario puente, cuando lo había, más aislado que comunicado por el mismo.

Solitaria y afligida caminaba por el estrecho sendero marcado a orillas del barranco, enmarañado por la densa vegetación ecuatorial, cuando se sentó a descansar en una especie de cueva formada por unas lajas prominentes, Temerosa por oír de las gentes que en dicho puente se aparecía el demonio, invoca el auxilio de la Virgen del Rosario. Siente entonces que alguien le toca en la espalda... se vuelve asustada y nada ven sus ojos... se apodera de ella el sobresalto y sale presurosa.

Allí, su hija Rosa, sordomuda, se separa de su madre comenzando a trepar por las rocas y de pronto comenzó a hablar diciendo:

- ¡Mamita, vea esa mestiza que se ha despeñado con un mesticito en los brazos y dos mestizos a los lados!

Asombrada, pero felicísima, María cargó a la niña, mientras esta seguía diciendo:

- ¡Mamita, mamita, la mestiza me llama!

María sorprendida estaba oyendo hablar por primera vez a su hijita, pero no veía nada de lo que le refería, por lo que decidió abandonar el lugar y dirigirse a Ipiales. Sin hacer caso de las voces de la niña, volvió a Potosí dejándola en casa de sus familiares, retornando a Ipiales para contar lo sucedido a sus patrones, pero éstos no le creyeron.

De regreso a su hogar, Rosita había desaparecido en busca de la enigmática mestiza. Con intuición de madre acudió corriendo a la gruta y encontró a la niña extasiada contemplando la imagen de la Virgen.

Llevó a la niña a Ipiales y esta vez sus patrones sí le creyeron, al oír hablar a la niña. Llenos de fe y sin importarles ni la hora, sin respetos humanos y siendo las 10 de la noche, fueron todos a llamar en la casa del párroco para informarlo y mostrarle a Rosita; el padre Gabriel Villafuerte, dominico, ya estaba durmiendo; al oír el relato y ver a la niña comenzó a

tocar las campanas convocando al vecindario; acudió la gente, y todos munidos de improvisadas antorchas emprendieron el peligroso camino. Allí se encuentran la imagen de la Virgen sobre la piedra. Aquella fue la primera peregrinación nocturna llegando a eso de las 6 de la mañana del 16 de septiembre de 1754 a la laja maravillosa.

En 1754, fray Juan de Villafuerte y la feligresía de Ipiales celebraron, en la cueva del río Pastarán, la primera misa: era el 16 de septiembre de aquel año, y construyeron una gruta pajiza. Con el aval de las autoridades eclesiásticas de la región que declararon el hecho como un prodigio el día anterior, el 15 de septiembre de 1754, muy pronto la imagen comenzó a ser venerada con gran fervor.

La perla más bien pulida
que en fina concha se cuaja
es la Virgen de Las Lajas
en la Laja aparecida.

Colaboraciones

LA MEDALLA «AGNUS DEI»

OTRO SACRAMENTAL DE LA TRADICIÓN ABANDONADO TRAS EL CONCILIO VATICANO II

Es una medalla que en su origen se fabricaba con cera del cirio pascual mezclada con santo crisma. En su anverso está representado Nuestro Señor en la figura del Cordero pascual sentado sobre el libro de la vida que tiene los siete sellos del Apocalipsis y en el reverso suele representarse o la imagen del papa reinante o la figura de la Virgen María o un santo.

Según la Tradición sus orígenes se remontan a tiempos de la predicación de los apóstoles San Pedro y San Pablo en Roma, por eso en la Urbe se añadían polvo de las catacumbas que había sido regado con la sangre de los mártires. El Papa sumergía los Agnus Dei en un gran jarrón lleno de agua mezclada con bálsamo y santo crisma y, después de bendecirlos, los retiraba.

En la Edad Media su uso se había extendido por toda la Cristiandad. Los fabricaban en los conventos y monasterios femeninos designados a tal efecto. Aunque se escribe sobre ellos en documentos que datan del siglo IX, la ceremonia para bendecirlos se encuentra en un texto del siglo XV. Se entregaban el sábado in albis, a los que habían sido bautizados en la noche de Pascua. Otros se repartían entre miembros de las órdenes religiosas.

Después del Concilio de Trento su uso se generalizó entre los fieles, empleándose ya otros metales nobles para la medalla como la plata, el oro, etc. Con el tiempo, en la diócesis de Roma el Papa los bendecía cada 7 años. El último que bendijo los Agnus Dei fue Pablo VI en 1964. La Tradición dictaba que debería haberse realizado otra bendición en 1971, con su correspondiente ritual, siete años después, pero no fue así, sino que este sacramental se abandonó en su forma pública y se privó a la Iglesia y a los fieles del tesoro de gracias que lleva asociado. Cuando se bendecían se le pedían al Cordero inmolado por nuestra redención las siguientes gracias para los fieles que los usaran con fe: vencer las tentaciones, aumentar la piedad, alejar la tibieza, escapar de la muerte súbita e imprevista, lo que incluía librarse de morir en una emboscada, por envenenamiento, por un rayo, en una tempestad o en un incendio.

Mientras no vuelvan a fabricarse nuevos Agnus Dei, cuidemos y veneremos los antiguos que forman parte del rico patrimonio católico.

Oria

UN NUEVO VIAJE DEL PRINCIPITO (I)

Hace unos doce años, emprendí un viaje junto a dos amigos, con los cuales nos aventuramos a salir desde la Ciudad de la Trinidad, hasta Florianópolis en Brasil. En el camino teníamos previsto ir parando por distintos lugares como Yapeyú, a orillas del Río Uruguay, luego por Colonia Carlos Pellegrini en los Esteros del Iberá. Seguimos por San Ignacio Miñí, conocimos las ruinas jesuíticas, y finalmente la península brasileña. Benjamín y Mario, eran la dupla que completaba este triunvirato, y los dos habían sido compañeros en el profesorado de letras, y entre otras cosas compartían la admiración por la obra «El Principito» de Antonie de Saint Exupéry que les había trasmitido su profesor Montejano. Benjamín que era baqueano de la zona carioca, conocía el lugar en cual había aterrizado

el aviador y escritor francés. Allí fuimos de visita y contemplamos, el lugar que alguna vez había pisado y sobrevolado el genio galo de la pluma.

Resultó que mientras acampábamos en un camping de la zona, el auto no estaba funcionando bien. Por ello decidí proponerle a mis compañeros de aventuras que mientras ellos tomaran un descanso en la playa, yo iría a buscar un taller mecánico para que repare el auto y pudiéramos emprender el camino de regreso a casa. Mientras buscaba el taller, me fui alejando de la ciudad casi sin darme cuenta, mientras manejaba me extasiaba con el paisaje y de un momento a otro el auto se terminó de romper. Como resultado quede varado en un lugar, como si estuviera en el medio del campo.

Dada la situación, y debido a que me encontraba en un lugar en el que hace al menos un par de horas no veía pasar a nadie más que a un simple zorro que cruzó frente a mi auto, decidí levantar el capot, y luego elevé el auto con el criquet. Me tire debajo y trataba de encontrar las partes rotas, alguna manguera del circuito de agua debía ser la causa, pues había agua por todo el motor. Mientras maldecía no saber más de mecánica automotriz, repentinamente vi acercarse a un niño de apariencia extraña, que al mismo tiempo me parecía algo familiar, luego de saludarme muy cordialmente me pidió que cante una canción. El niño tenía una estatura mayor al promedio, de rubios cabellos ondulados, un sobre todo extraño color azul por fuera y rojo por dentro, con un pantalón y camisa de color blanco, calzaba botas de cuero, y además de un adorno dorado en los hombros, tenía una boina colorada y una bandera pequeña en su pecho color blanca con una cruz en borgoña forma de equis. Su

aspecto me parecía singularmente familiar, pero no podía precisar las circunstancias en las que lo habría conocido.

Al llegar a mi lado comenzó el diálogo y luego de saludarme cordialmente, preguntó:

– ¿Podrías cantarme una canción que hable sobre un burrito?

Yo no salía de mi asombro y trataba de recordar el por qué me parecía familiar ese extraño niño.

– Discúlpame, yo no sé cantar. Solo puedo entonar una canción que aprendí de niño en la iglesia, y comencé a entonar el Agnus Dei.

Cuando era niño, mis padres me llevaban a una capilla en la cual asistían familias que tenían muchos hijos. Allí se rezaba la Misa en el Rito Romano Tradicional, o sea, en latín. El sacerdote oficiaba el rito mirando al sagrario, que era el centro del templo, y todos los fieles se arrodillaban para recibir la Santa Comunión. Uno de los cantos que más me gustaban, era el Agnus Dei, y cuando lo entonaba en casa de mis familiares, o en la escuela, la gente comenzaba a reírse, y me decían que sería bueno que estudie alguna otra cosa como matemáticas, computación e inglés, cosas que me sirvieran para trabajar de grande. Así fue como empecé a estudiar ese tipo de cosas, y la música clásica rioplatense se perdió un gran tenor. Además, el dedicarme a las llamadas ciencias duras, sumado al trabajo, y no tener tiempo para cultivar las artes, me privó de disfrutar de la satisfacción y goce que ellas proporcionan al alma de las personas.

Luego de oírme el extraño visitante, me dijo:

– No, no. No quiero oír el Agnus Dei del canto gregoriano, quiero una canción de un burrito. Algo tan simple como eso, ¿no puedes hacerlo?

Me sentía un poco avergonzado, tenía la mente en blanco, no podía recordar ninguna canción de algún burrito. Empecé a esforzarme, y se me vino a la memoria el libro Platero y yo, que cuando era pequeño me obligó a leer mi padre. Hasta que por fin, recordé una tradicional canción criolla argentina, y comencé a entonarla:

– "por un caminito i´piedra, mi burrito cordobés…"

– Cuando terminé, el infante, que había cerrado los ojos y me oía con atención, me dijo:

– Es una buena canción, bastante graciosa, pero sé que tiene que haber algo mejor. Tiene que haber alguna canción mejor que rinda homenaje a un animal tan noble y bello.

Mientras trataba de seguir desarmando el motor de mi vehículo, pensaba quién podía ser este extraño niño que me parecía cada vez más familiar. Su última respuesta me desconcertaba, cómo podía considerar noble y bello a un burro. Inmediatamente le manifesté mi réplica:

– ¿Cómo puedes considerar en tan alto grado de dignidad y hermosura a un burro? Probablemente esos equinos sean de las bestias más brutas y desagradables que deben existir sobre la faz de la tierra.

– ¿Cómo puedes ser tan impío y tan ingrato? – El niño mudó su rostro a un tono rojizo y frunció el ceño mientras me hablaba – Acaso no te has puesto a pensar que gran parte de las obras de arte del planeta tierra, se han podido construir gracias a la docilidad de ese animal, que

a la atención humana no parece importante, ese mismo que tiene una estética desproporcionada y rústica, ese equino, ha cargado sobre su lomo grandes piedras pesadas que han permitido a los hombres construir edificaciones casi perennes. Pero hay otras razones más importantes, como los arados que han arrastrado y ayudaron a los hombres a sembrar grandes campos que mejoraron la alimentación de muchas familias en todas las ciudades del orbe. Además de esas, y otras razones, la más importante de todas, es que fue el animal que eligió San José para llevar María a Belén. Y fue también, sobre ese animal, que entró Jesús como Rey a Galilea. Eso cuentan unas crónicas que versan sobre el Salvador de la Creación. No conozco demasiado sobre esa historia, pero eso ha llegado a mis oídos una vez.

Yo me quedé asombrado, y no entendía por qué razón el niño se enojaba de esa manera. Pero en ese momento, mientras oía su réplica, recordé el famoso libro «El Principito» de Saint Exupery, y me frotaba los ojos para verlo nuevamente a este hombrecito de la realeza, incluso me puse a pensar si toda esa situación, no sería un sueño. Pero él seguía allí, inquiriéndome preguntas. Era él, no había dudas, el Principito.

Entonces comencé a recordar una canción que cuando era niño cantábamos en casa, una canción de un grupo de gauchos tucumanos de apellido Paz, se titulaba «Por un burrito», y entonces con mis limitaciones líricas entoné: – Por Favor, burrito, ya no le aflojés, que por ti en Belén hoy será Navidad; (la Virgen María en tu lomo suspira porque el Niño duerme mecido en tu andar) Demorale el sueño, dale tu calor, porque tu sudor el rocío será, (tus ojos cansados reflejan la estrella que alumbra tu huella en la oscuridad). Y fue un domingo que él, otra vez, sobre su

lomo a Cristo cargó y entre las ramas de olivos verdes el Señor lo acarició: ¡ay!, como el burrito quisiera ser yo. Burrito has llegado, ya estás en Belén, el Niño ha nacido y tú duermes con El, (descansan dolidos tus vasos roídos, tu boca es espuma de agua y de sed).

Y dicen de un día, alguien me contó, que el burro al Niñito al oído le habló: (Niño si Tú quieres, cuando seas mayor, déjame llevarte a la Resurrección).

– ¡Esa es exactamente la canción que estaba buscando! Es realmente fabulosa, es bella. Tiene la increíble capacidad de ver…como decía mi amigo el zorro, aquello… "que es invisible a los ojos". A veces las personas buscan ser los grandes protagonistas de cada historia, y no pueden ver las grandes

consecuencias que pueden tener las obras simples al alcance de sus manos. No todos seremos los protagonistas de las historias, y para que los protagonistas brillen, es necesario que tengan un elenco de gran calidad. Sin ese burrito, Dios no hubiera llegado a Belén, María y José tendrían que haber parado en cualquier posada, o peor, en el medio del camino.

El sol iba cayendo, pero el calor no disminuía, y yo no encontraba la manguera del motor que estaba floja y perdía agua. Se hizo la noche y me fui a descansar en el auto, mi teléfono no tenía señal y pensaba que mis amigos estarían preocupados por mí.

Carlos Joaquín del Corazón de Jesús Ferri Rodríguez

Catecismo
Juventudes Tradicionalistas

Don Juan de Borbón y de Braganza (Juan III)

Hijo segundo del Infante de España Don Carlos Mª Isidro de Borbón, nació en el Palacio Real de Aranjuez el 15 de mayo de 1822. A los once años de edad emigró con sus augustos padres a Portugal, de donde pasó a Inglaterra y de allí a Salzburgo, hasta que una vez concluida su educación ingresó en el Ejército de Carlos Alberto de Saboya, Rey del Piamonte, quien le confirió el mando de un Regimiento, con el empleo de Coronel, y en 1847 le ascendió a General.

Después intentó entrar en España para unirse a los catalanes que se batían al grito de ¡Viva Carlos VI!; pero fue preso por unos aduaneros franceses y encerrado en la ciudadela de Perpiñán.

Más tarde residió en Módena, Venecia y Londres, y en 1857 empezó la interminable serie de sus viajes al través del Gran Océano, así como por Dinamarca, Suecia, Noruega, Escocia, Laponia, las regiones polares y España, en donde estuvo muchas veces de riguroso incógnito.

D. Juan de Borbón bajó varias veces al fondo del mar con los pescadores de perlas y corales; fue gran nadador y cazador; en Londres obtuvo una medalla de honor por haber reproducido fotográficamente todas las fieras del Regent Parck, corriendo para ello grandes peligros; por su destreza en la natación obtuvo una medalla de oro; ideó y construyó unas lanchas de caoutchuc cuyo material, remos y velas podía ser todo transportado en una maleta; cada una de estas lanchas podía llevar cuatro personas y muchas veces hizo D. Juan de Borbón, solo, al remo o a la vela, la travesía de Calais a Douvres y de Boulongne Southampton; durante la guerra de Bosnia regaló al Emperador de Austria quince embarcaciones de esta clase, muy útiles para los ríos de Dalmacia.

D. Juan renunció el día 3 de octubre de 1868, en París, todos sus derechos en favor de su hijo Don Carlos de Borbón y de Austria-Este. Para dar ejemplo a todos vino a España durante la guerra civil de 1872 a 1876, y, en vista de sus deseos de coadyuvar al triunfo de la Causa Católico-Monárquica, su hijo Don Carlos le nombró Ingeniero General de su Ejército, en el cual se distinguió por su ciencia y sus talentos, inventando y construyendo (a sus expensas) un puente flotante, descrito en la obra Manual del voluntario carlista, de D. Reynaldo de Brea.

Concluida la última guerra carlista, volvió Don Juan de Borbón a su vida de viajes y cacerías, usando generalmente el titulo incognito de Conde de Montizón.

El día 24 de agosto de 1883, por la muerte de Enrique V de Francia y en virtud de la Ley Sálica, heredó sus derechos como primogénito y jefe de la Casa de Borbón; como tal presidió en Goritzia sus solemnes exequias a la cabeza de todos los príncipes de sangre real allí presentes.

Desde niño se distinguió D. Juan por una percepción clara y un ingenio superior; poseía trato y conversación amenísimos y bastos conocimientos; era gran musico, viajero infatigable, cazador de primera fuerza y muy versado en Ciencias Físicas y Naturales, cuyo estudio cultivó con apasionamiento; hablaba con acabada perfección siete lenguas. De riguroso incognito recorrió una por una todas las provincias de España, y falleció repentinamente en Brighton el día 18 de noviembre de 1887; sus restos mortales descansan en la Catedral de Trieste, con los de sus augustos padres y hermanos, y también con los de su hijo Don Carlos de Borbón y de Austria-Este desde 1909.

D.ª María Beatriz de Austria-Este

D.ª María Beatriz de Austria-Este (esposa de D. Juan de Borbón), hija segunda de Francisco IV, Duque Soberano de Módena, nació en la capital del Ducado de su augusto padre el día 13 de febrero de 1824. Como miembro de la extensa familia de los Habsburgo-Lorena, desde su nacimiento fue Archiduquesa de Austria y Princesa de Hungría, de Bohemia y de Módena.

Con motivo de la boda (que tuvo lugar el día 6 de febrero de 1847) celebráronse fiestas publicas en los dominios de Francisco V de Módena, hermano de D.ª Beatriz, cuya augusta señora vivió sucesivamente en Módena, Praga, Venecia, Viena y Gratz, consagrada exclusivamente a la educación de sus augustos hijos Don Carlos y D.

Alfonso, hasta que les vio ya casados. Cumplidos entonces sus deberes de madre, pensó en retirarse del mundo y en consagrar su vida a la oración; contaba por entonces 48 años de edad y, previo permiso de su augusto esposo y de Su Santidad el Papa Pío IX, entró en clausura el día 18 de Febrero de 1872, en el Convento de Carmelitas Descalzas del Graban, en Gratz, donde llevó durante veintiséis años una vida de penitencia y edificación, hasta que en Diciembre de 1897, a petición de Don Carlos y Don Alfonso, para evitar persecuciones a las monjas cuando los trastornos de Gratz por aquella época, se trasladó a Goritzia, al Convento de Hermanas de la Cruz, continuando en aquella clausura su misma vida ejemplar de siempre.

Desde niña sobresalió en dibujo, pintura y estudios literarios; escribió multitud de obritas de propaganda religiosa, ocultando siempre su nombre, lo mismo que en infinitas obras de piedad, a las cuales se dedicó sin descanso, y, aunque no llegó a hacer los votos religiosos, no rompió la clausura más que de muy tarde en tarde, para recibir a sus augustos hijos, y, en alguna ocasión, a su pariente el Emperador de Austria, que sentía por ella gran veneración.

Don Carlos de Borbón y de Austria-Este idolatraba a su augusta madre; la consideraba como su ángel tutelar y a ella acudió en demanda de consuelo o de consejo en las circunstancias críticas, asuntos de trascendencia o amarguras de la vida, pues a su grande amor filial se unía el respeto que inspiran los santos.

En Gortizia falleció D.ª María Beatriz el día 18 de marzo de 1906 y por disposición suya fue enterrada en el Convento de las Reverendas Carmelitas de Gratz.

He aquí lo que con este motivo decía el periódico Vaterland, de Viena, del día 24 de marzo de aquel año:

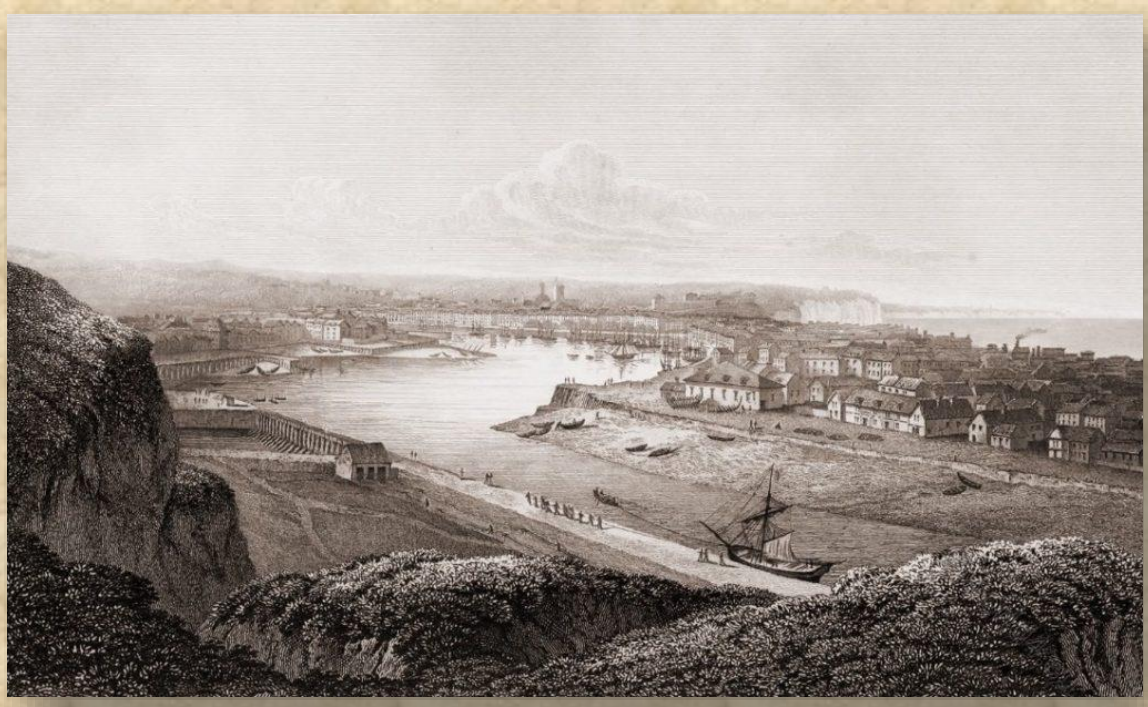
«Hoy se han enterrado en el Convento de las Carmelitas de Gratz los restos mortales de S.A.R. la Princesa María Beatriz de

Borbón, de soltera Archiduquesa de Austria-Este. El cuerpo había llegado de Goritzia por la noche y la entrega se verificó por la mañana, a las nueve, en una sala de la estación, en presencia de los más próximos parientes. El cortejo, muy sencillo, se trasladó entonces, al través de una multitud enorme al Convento de las Carmelitas, en cuya iglesia estaban reunidos los personajes invitados. Su Excelencia Monseñor Schuster, Príncipe Obispo de Seckau (cuya residencia es Gratz), celebró, con numerosa asistencia eclesiástica, el Réquiem, después del cual dio la absolución. Después el cuerpo fue trasportado a la bóveda que se encuentra en el jardín del Convento. Al lado del Infante Don Carlos y la Duquesa de Madrid estaban el representante del Emperador, Archiduque Leopoldo Salvador, la Archiduquesa Blanca y su hijo primogénito. Tras ellos estaban colocadas las autoridades políticas, militares y judiciales, los representantes de la nobleza del país, numerosos eclesiásticos seculares y regulares y diversas religiosas».

¡Sabías qué?

El sorprendente viaje de Don Carlos desde Portugal a España (3ª parte)

En la entrega anterior habíamos dejado a Don Carlos y al barón de los Valles (Louis Xavier Auguet de Saint-Sylvain) llegando a las costas francesas. Aquí continua el relato del viaje:



Puerto de Dieppe

El barco que les transportaba desde Brighton atracó a las ocho de la noche en el puerto francés de Dieppe tras haber cruzado el Canal de la Mancha. Como ya era de noche y la entrada era muy estrecha les tuvo que ayudar un piloto experimentado para poder llegar al puerto y desembarcar.

Una vez en tierra fueron a la oficina de aduanas para recoger pasaportes y registrar equipaje. A la mañana siguiente, con los pasaportes ya validados, consiguieron un carruaje y emprendieron la marcha con destino a la frontera con España. Para ello tenían que cruzar Francia entera. ¿Lograrían nuestros personajes alcanzar el objetivo sin ser descubiertos?

Tras 17 horas de trayecto, los viajeros llegaron a París, ciudad a la que llegaron a las tres de la mañana del 4 de julio. Una vez allí se dirigieron a la casa del conde de Suau de Lacroix, un noble francés amigo de Don Carlos que les iba a prestar su ayuda para que pudieran alojarse en París de incognito y así poder continuar su viaje sin que las autoridades francesas detuvieran al Rey y a su ayudante.

Ese día recibieron una carta de Inglaterra donde sus contactos informaban que la treta y engaño de la supuesta enfermedad de Don Carlos había sido un éxito y nadie

sospechaba que hubiera salido de la mansión de Londres. ¡Todo marchaba según el plan previsto!

Más tranquilos con esta noticia, Don Carlos y el barón, fueron a visitar a un banquero para pedirle dinero para poder pagar las armas y equipamientos que los ejércitos carlistas necesitaban para seguir luchando contra el Gobierno liberal español en defensa de la Santa Causa.

Aprovechando que todo iba sobre ruedas y nadie sospechaba de ellos, se tomaron un respiro y salieron a dar un paseo a caballo por las principales avenidas de la ciudad. En un momento del paseo el barón le señaló al Reclamante para que mirara hacia un punto y le dijo: «En esa plaza fue donde hace

El rey Luis Felipe y el conde de Suau de Lacroix

cuarenta años rodó la cabeza del rey de Francia Luis XVI».

Y fue en ese justo momento que su silla de posta frena bruscamente para dar paso a un elegante carruaje. Ambos pasajeros se asomaron para ver a quien había cedido paso el

postillón. Cual fue la sorpresa del barón al ver que pasaba el que entonces era rey de Francia, Luis Felipe I de Orleans con su familia en dicho carruaje. Así se lo comentó a Don Carlos y este saludó a la familia real, la cual por mera cortesía respondió al saludo. Esto hizo reír a Don Carlos y le dijo al barón: «Mi primo el de Orleans está muy lejos de sospechar que atravieso sus estados sin su permiso, para ir a desgarrar con la punta de mi espada su Tratado de la Cuádruple Alianza». Este era un pacto que había firmado el Rey de Francia con el Gobierno liberal español y los países de Inglaterra y Portugal, por el cual los cuatro Estados se comprometían a expulsar de Portugal y España a los infantes Don Miguel de Braganza y Don Carlos de Borbón, que eran los reyes legítimos de ambos reinos. De ese modo se las arreglaban los enemigos de la civilización cristiana para arrancar a los pueblos de Portugal y España sus leyes y costumbres cristianas y poder así imponer la Revolución desde el gobierno contra la voluntad del pueblo. Ya veis, queridos pelayos, como se las gastaban los amigos de la «libertad» y la «democracia» para imponer a sangre y fuego sus ideas de «Libertad, Igualdad y Fraternidad» a nuestros antepasados. Pero no nos desviemos y sigamos con el viaje de nuestros amigos…

El paseo de Los Campos Elíseos (Jean Béraud) – Musee de la Ville de Paris.

Continuaron viaje hasta llegar a la localidad de Longjumeau a unos 20 kms. de París. Allí cenaron con mucho apetito en un bodegón. Siguieron viaje durante la noche, pasando por Orleans y llegando

a la mañana siguiente a Mer-sur-Loire, haciendo alto para desayunar en la que se conocía como la mejor posada del país.

Prosiguieron viaje y llegaron a Tours, donde el Reclamante lamentó mucho no poder visitar a algunos fieles súbditos españoles que allí vivían exiliados, ya que estaban vigilados por la policía y podrían ser descubiertos. El viaje continuó atravesando Poitiers y parada en Barbezieux para almorzar.

El viaje continuó feliz hasta llegar a Cubzac, donde cayó el caballo que montaba el joven postillón. No se movía y casi le dieron por muerto, cuando casualmente se acercaron dos gendarmes que pasaban por el lugar y echaron una mano para levantarlo. En ese transcurso de tiempo les hicieron muchas preguntas, pero en ningún momento sospecharon nada. Así que una vez en pie pudieron continuar el viaje.

Cambio de caballos en una casa de postas

Viajaban a una gran velocidad durante todo el trayecto ya que el barón se había encargado de reservar caballos en todas

las postas del recorrido previsto. Al último postillón se le dio una generosa propina y este le dijo a Don Carlos, «confiese usted, señor, que le he conducido como si fuera un rey». A lo que el barón respondió: «tal vez, no le hubieras conducido tan deprisa si lo hubiera sido efectivamente». Tal ingeniosa respuesta hizo sonreír al Reclamante.

Llegaron a la ciudad de Burdeos el domingo 7 de julio a las diez de la noche. Allí se alojaron en el Hotel Nantes. Esa hora era muy intempestiva dado que la ciudad estaba vigilada especialmente por policías para perseguir a emigrados carlistas que cruzaban la frontera.

CHATEAU DE PICHON-LONGUEVILLE (PAUILLAC-MÉDOC)
à M. le baron de Pichon.

Al día siguiente el barón de los Valles se dirigió a la residencia del barón Alberto Pichon de Longueville para proponerle que recibiese a Don Carlos en su «château» y que les

acompañase posteriormente a la mansión de su cuñado el marqués de Lalande (a unos 5 km de Burdeos). Este aceptó gustoso a tal proposición pues era un fiel adicto a la causa de los Borbones.

Mientras el barón de los Valles tomaba muchas precauciones para llevar las maletas sin despertar sospechas del hotel a la casa del barón de Longueville, Don Carlos aprovechó para oír misa en la iglesia de Santo Domingo en la Plaza de Chapelet, pues no había podido oírla desde su salida de Londres y ello le apesadumbraba mucho.

Tras su breve estancia en el «chateau» y tras agradecer a los nobles las atenciones recibidas se pusieron en camino en dirección a Bayona, atravesando Pauillac y Ondres. En Ondres (9 km. al norte de Bayona) hicieron alto en una casa del marqués de Lalande para descansar y comer.

El marqués de Lalande partió solo a Bayona para reunirse con un contacto afín a la causa, Teodoro Detroyat. Regresa con él a Ondres para organizar el mejor plan para introducir a Don Carlos en España, lo cual era complicado por la vigilancia a la que estaba sometida la frontera en tiempos de guerra.

Se planteó la necesidad de encontrar unos guías de confianza para cruzar la frontera y Detroyat se puso manos a la obra para conseguirlo. Lo primero que hizo fue dirigirse rápidamente a Bayona para ponerse en contacto con Joaquín da Cruz, que había sido cónsul de Portugal con el rey Miguel I, para así organizar la partida urgentemente. Da Cruz a su vez contacta con François Rivet, quien también había sido cónsul de Portugal en Nantes y además antiguo guardia de Corps del rey Carlos X de Francia y también con un famoso guía local llamado Hautziart que hablaba euskera.

Bayona y el hotel Saint Etienne

Una vez formado el grupo que debía acompañar a Don Carlos hasta la frontera, Detroyat se dirige a las diez de la noche a la Puerta de España en Bayona. A esa hora la puerta se cerraba todos los días, pero sobornó al vigilante del puesto de guardia para que dejara cruzar a un mensajero, cuya importante misión consistía en llevar una carta al General Zumalacárregui. Tras ello se desplaza a la mansión del Marqués de Lalande para informar a Don Carlos que la expedición está preparada y que a las diez de la mañana tenía que ir al punto de encuentro convenido, un lugar junto al bosque de Marracq a 3 km. al sur de Bayona.

Así pues el 9 de julio, a las nueve y media, Don Carlos abandona Ondres en carroza acompañado del barón de los Valles, atraviesan Bayona por sus barrios más frecuentados sin dificultad y llegan al lugar concertado de reunión.

Don Carlos y el barón bajan de la carroza y montan a caballo y siguen la marcha con los guías (Da Cruz, Rivet y Hautziart) hacia la localidad de Sara. Con tal

fortuna que a menos de media hora de cabalgada se encuentran con el comandante de la Gendarmería quien casualmente es amigo de Da Cruz y se une a la comitiva, ya que también iba camino de Sara para vender su caballo. Este hecho inquietó a varios de los viajeros, pero resultó que el comandante iba conversando de forma muy cortés con Don Carlos y nada sospechó de su identidad. Este se hizo pasar por un embajador ruso y hablaban en francés.

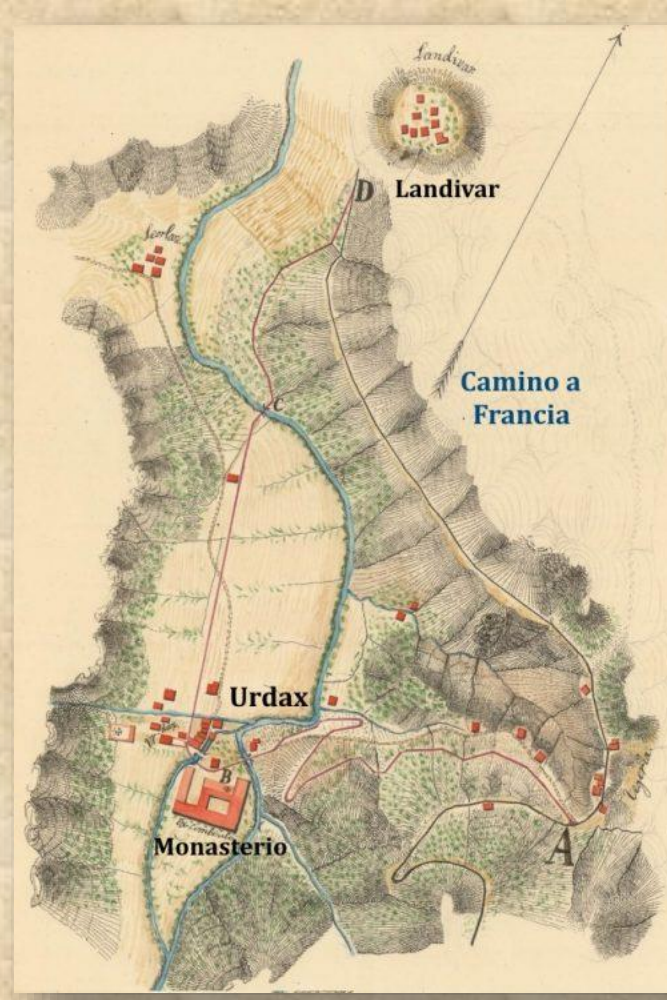
A las dos de la tarde llegaba la comitiva a Sara, siendo Don Carlos conducido a la casa del adjunto del alcalde del pueblo, Michel Dihursubehere, quien era carlista y prestaba grandes servicios a la causa del Reclamamte, alojando en su casa a refugiados. La cuñada de Michel les preparó el almuerzo y al acabar este brindaron todos en honor del Rey y de su venida a España.

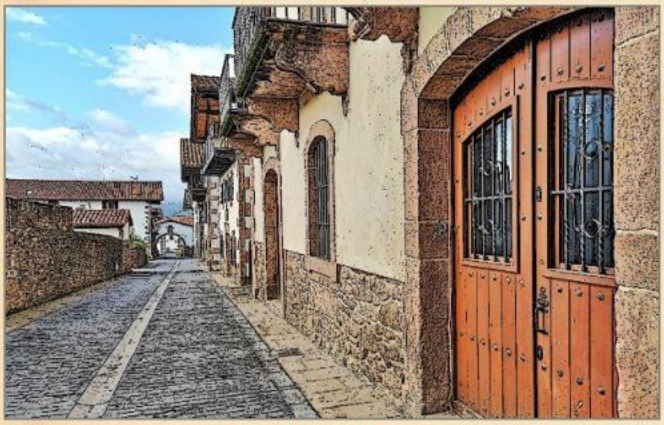
A las tres y media montan sus caballos y se ponen en camino hacia la frontera, acompañados por tres guías más cedidos por Michel, dado que en el tramo final solía haber patrullando soldados y aduaneros.

El día 9 de Julio a las cuatro de la tarde pisa Don Carlos tierra española al cruzar el mojón fronterizo que separa los dos países. En ese preciso momento, un águila, salida de una de las rocas que les rodeaban, se elevó por encima de sus cabezas y dirigió su vuelo hacia Navarra. «Esto es un buen augurio», dijo el barón a Don Carlos.

En aquel instante lo primero que hizo el Rey es sacar dos cartas que tenía preparadas para dar aviso de su llegada, una para su esposa la Reina y otra para un contacto en París. Se las entrega al Sr. Detroyat quien parte veloz hacía Bayona para expedirlas a sus destinos.

Tras atravesar el caserío de Landibar el primer pueblo español al que llegan es Urdax, donde ven a una compañía de soldados carlistas, algunos de ellos jugando a la pelota en medio de la plaza. Al pasar Don Carlos pide al barón de los Valles que les de algunos duros para que se echen unos tragos. Así lo hace y estos responden alegres con Vivas al Rey, sin tener ni idea que a quien aclaman pasa justo delante de ellos.





Amaiur - Maya

Elizondo

Al día siguiente se levantaron a las siete de la mañana y se dirigieron todos a la iglesia del pueblo a rezar. Seguidamente se prepararon para montar a caballo y continuar viaje hacia Elizondo.

Una hora más tarde hicieron entrada en la aldea de Arizcun, donde una familia del pueblo les invitó a pasar y a tomar el

desayuno. Allí se hablaba de donde estaría el Rey y si ya habría llegado a España. El barón respondió que se le esperaba en Navarra en menos de 15 días. Terminaron todos levantando sus vasos y brindando por el monarca. Todo esto divirtió mucho a Don Carlos.

Tras acabar la comida se despidieron de la familia, montaron a caballo y se pusieron en camino de Elizondo, guardando siempre el anonimato del Reclamante. El barón de los Valles se adelantó para prevenir al Conde de Villemur la llegada de Don Carlos al cual ya esperaban. Además del conde había varios oficiales y miembros de las Juntas de Vizcaya, Navarra, Álava y Guipúzcoa.

Al llegar a Elizondo Don Carlos se retiró a descansar durante la tarde al palacio de Arizkunenea el cual le asignaron como

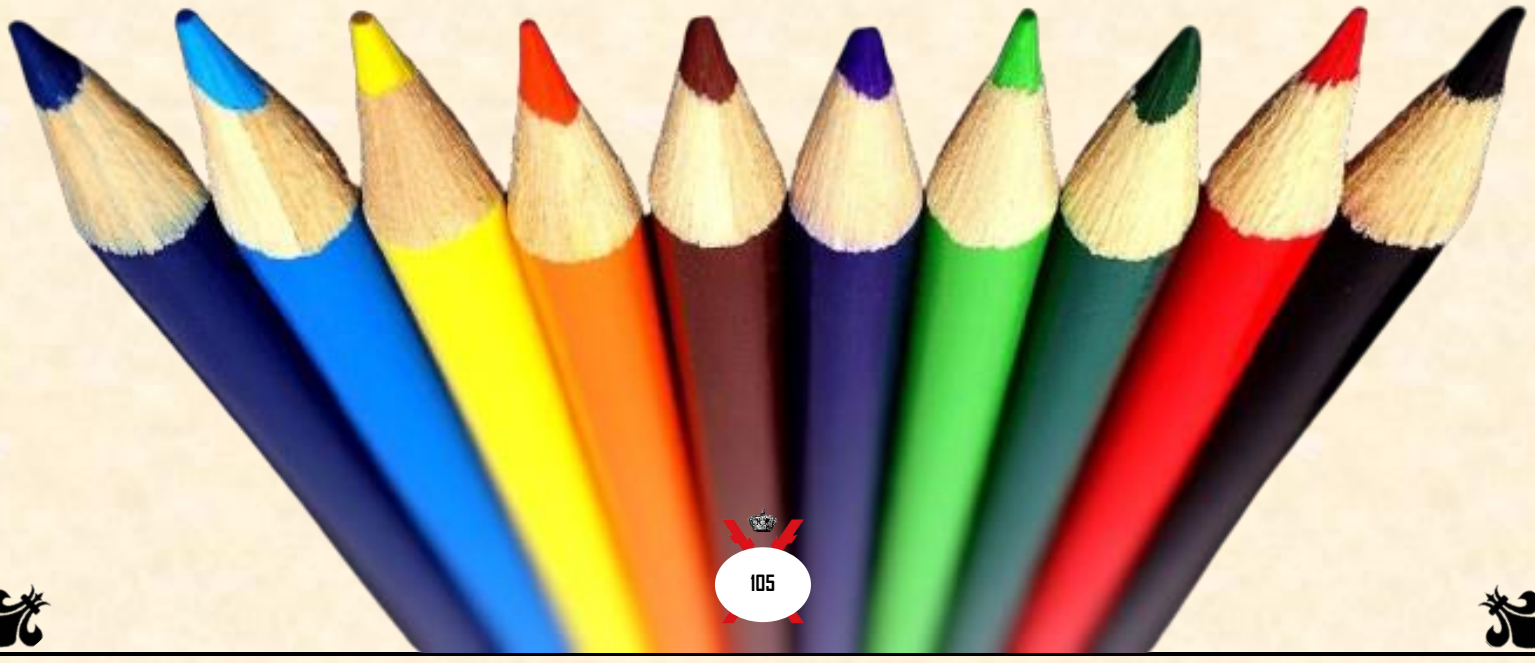
alojamiento y por la noche durante la cena habló con todos y empezó a dictar órdenes.

Se ordenó a dos batallones cercanos que acudieran al pueblo para evitar un ataque sorpresa ya que la guarnición era pequeña. Estos se presentaron al día siguiente con el general Gómez y la noche del día 12 llegó el general Zumalacárregui. El «Tío Tomás» al ver a Don Carlos de cerca se arrojó a sus pies sin poder articular palabra y el Rey le pidió que se levantara. El general le besó la mano y le dijo que estaba emocionado por su presencia en el país que sería un acicate mayúsculo para la moral de las tropas.

Así pues, queridos pelayos y margaritas, este ha sido el relato del épico viaje que hizo el Rey Don Carlos de Borbón desde Portugal hasta España, pasando por Inglaterra y Francia, atravesando todo tipo de peligros y esquivando a los enemigos de la Causa que querían capturarle, para ponerse al frente de los leales y bravos españoles que levantaron la bandera de Dios, Patria y Rey frente a los enemigos de España y la Religión.

Colorea los personajes de Pelayos

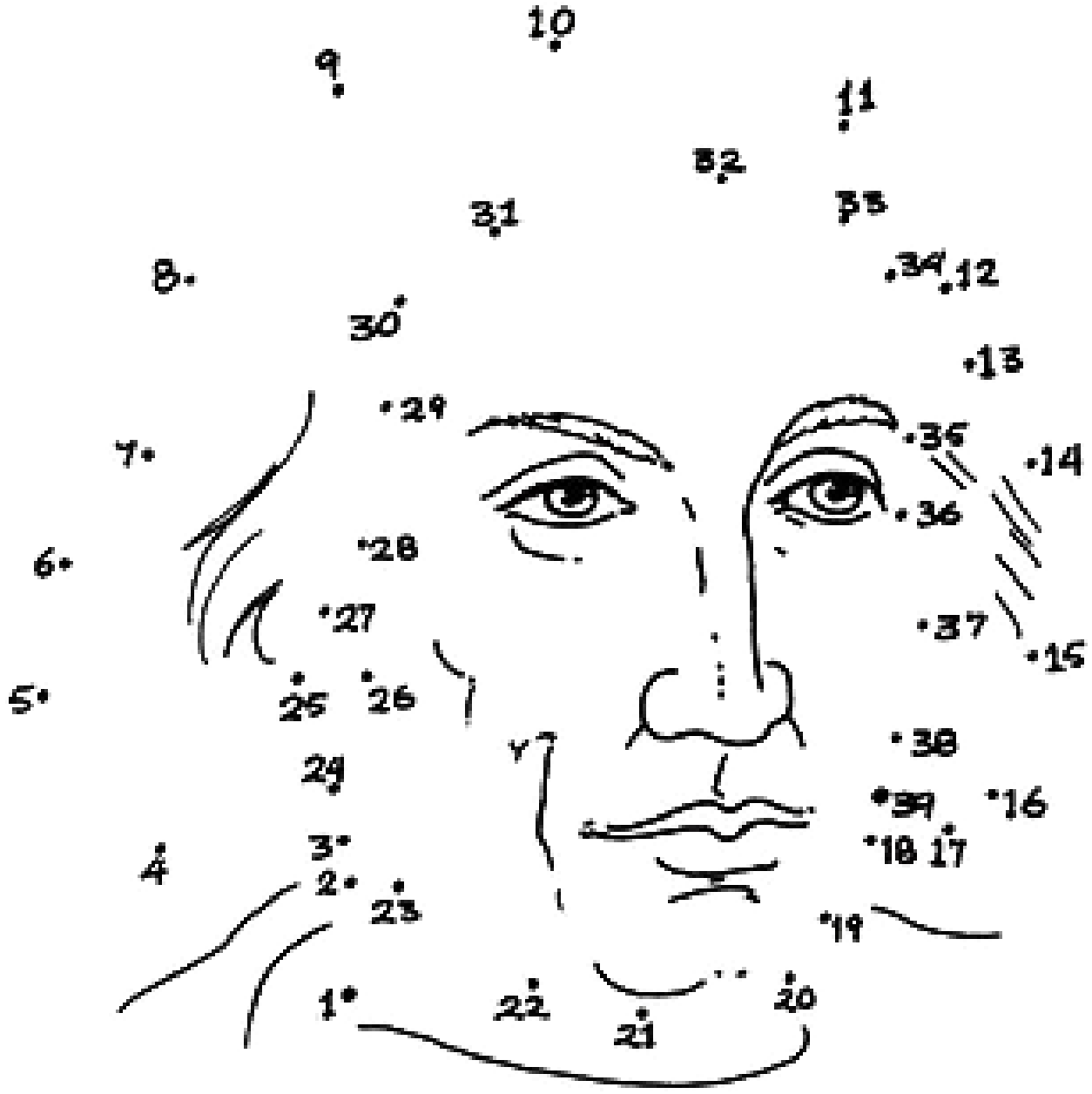
Ahora puedes coloreas a todos los personajes de Pelayos: reinas, caballeros, margaritas, soldados, santos, Concilios y batallas, conquistas y victorias, ... ¡toda la Hispanidad para colorear!



12 de octubre de 1492

San Pio X

Hernán Cortés



Cristóbal Colón

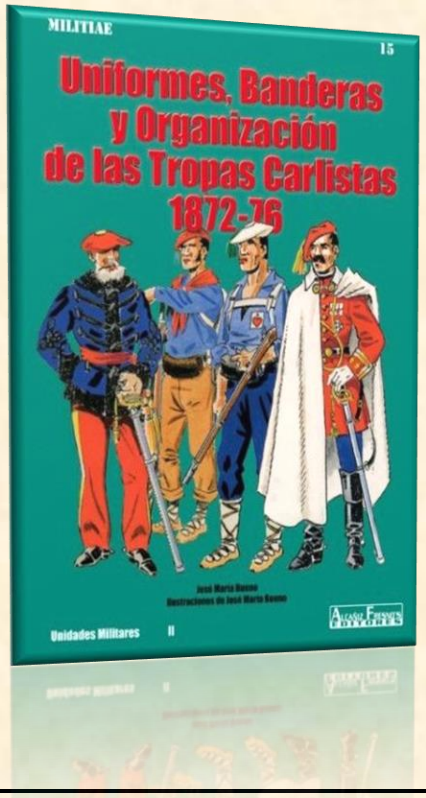
Juego de Cartas

Carlista

Ambientado en la Tercera Guerra Carlista (1872-1876), se publica el Juego de Cartas con los protagonistas que rubricaron con su ejemplo y heroicidad las grandes páginas de la Historia de España: Carlos VII con su uniforme de gala, miembros de su Estado Mayor, el escolta de don Carlos en el Sitio de Bilbao, soldados de Infantería y Caballería, soldados del Ejército Real de Cataluña, de los Batallones Navarros...y todas ilustradas con el escudo del Rey de España, Enrique V.

Y si quieres conocerlos a todos y de cerca, acude a nuestra Tienda Carlista, donde dispondrás del libro «Uniformes, Banderas y Organización de las Tropas Carlistas 1872-76».

https://tiendacarlista.com/



6

5

1

2

Enrique V

Rey de España

Enrique V

Rey de España

Enrique V

Rey de España

Enrique V

Rey de España

3

4

5

6

Enrique V

Rey de España

Enrique V

Rey de España

Enrique V

Rey de España

Enrique V

Rey de España

7

10

11

1

Enrique V

Rey de España

Enrique V

Rey de España

Enrique V

Rey de España

Enrique V

Rey de España

2

3

4

12

Enrique V

Rey de España

Enrique V

Rey de España

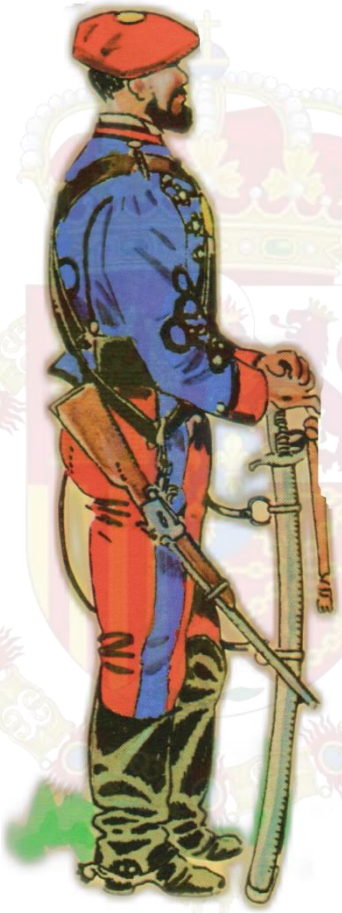
Enrique V

Rey de España

Enrique V

Rey de España

5



6

7

12

Enrique V

Rey de España

Enrique V

Rey de España

Enrique V

Rey de España

Enrique V

Rey de España

12

10

11

10

Enrique V

Rey de España

Enrique V

Rey de España

Enrique V

Rey de España

Enrique V

Rey de España

7

6

5

4

Enrique V

Rey de España

Enrique V

Rey de España

Enrique V

Rey de España

Enrique V

Rey de España

3

2

1

4

Enrique V

Rey de España

Enrique V

Rey de España

Enrique V

Rey de España

Enrique V

Rey de España

3

2

1

11

Enrique V

Rey de España

Enrique V

Rey de España

Enrique V

Rey de España

Enrique V

Rey de España

12

11

10

7

Enrique V

Rey de España

Enrique V

Rey de España

Enrique V

Rey de España

Enrique V

Rey de España

Poemario de carlistas

POR LA PATRIA

¡Señor! ¡Mi patria llora!
La apartaron, ¡oh, Dios!, de tus caminos,
y ciega hacia el abismo corre ahora
la del mundo de ayer reina y señora
de gloriosos destinos,

Hijos desatentados,
que ya la vieron sin poder, vencida,
la arrastran por atajos ignorados, …
¡Señor, que va perdida!
¡Qué no lleva en su pecho la encendida
luz de tu fe, que alumbre su carrera!
¡Qué no lleva el apoyo de tu mano!
¡Qué no lleva la Cruz en la bandera,
ni en los labios tu nombre soberano!
¡Seño! ¡Mi patria llora!
¿Y quién no llorará, como ella ahora,
tremendas desventuras,
si fuera de tus vías

sólo hay horribles soledades frías,
lágrimas y negruras?
¿Quién de Ti se aleje
camina en derechura a la grandeza?
¿Ni quién que a Ti te deje
su abrazo puede armar de fortaleza?

Solamente unos pocos pervertidos,
hijos envilecidos
de esta madre fecunda de creyentes,
pretenden imprudentes
alejarla de Ti: ¡son insensatos!
¡Olvidan tus favores; son ingratos:
desprecian tu poder; ¡están dementes!

Pero la patria mía,
por Ti feliz y poderosa un día,
siempre te veo, Señor, como a quién eres,
y en Ti, gran Dios, en Ti sólo confía:
que es grande quien Tú quieres,
fuerte quien tiene tu segura guía,
sabio quien te conoce,
¡y feliz quién te sirva y quién te goce!

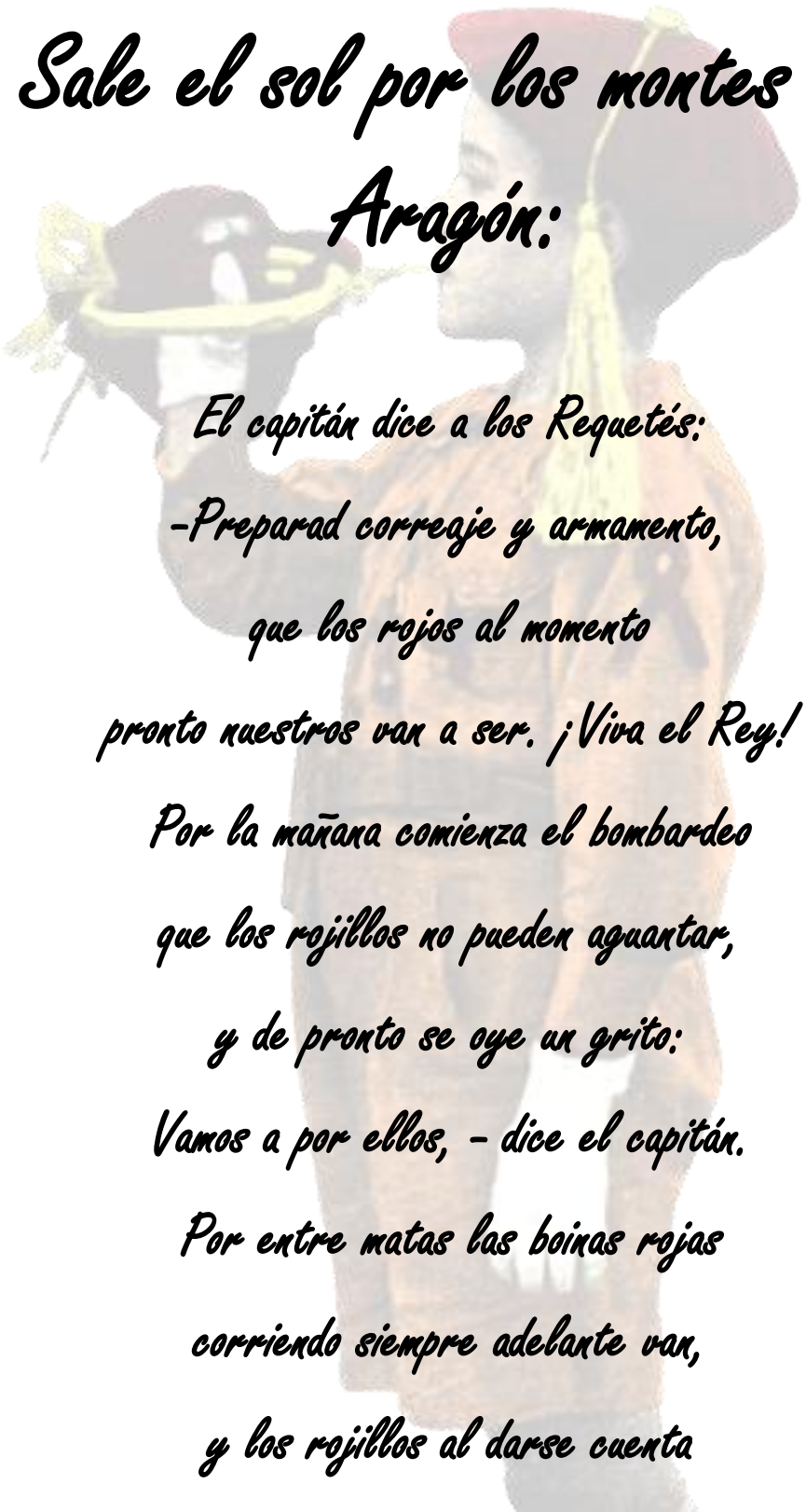
¡Señor! ¡Mi patria llora!
Ebria y desoladora,
la frenética turba parricida
la lleva a los abismos arrastrada,
¡la lleva empobrecida…,
la lleva deshonrada!...

¡Alza, Señor, tu brazo justiciero
y sobre ellos descarga el golpe fiero,
vengador de sus ciegos desvaríos!...
¡No son hermanos míos,
ni hijos tuyos, Señor! ¡Son gente impía!
¡Son asesinos de la patria mía!

J.M. Gabriel y Galán

Cancionero

Sale el sol por los montes de Aragón:



El capitán dice a los Requetés:

-Preparad correaje y armamento,

que los rojos al momento

pronto nuestros van a ser. ¡Viva el Rey!

Por la mañana comienza el bombardeo

que los rojillos no pueden aguantar,

y de pronto se oye un grito:

Vamos a por ellos, - dice el capitán.

Por entre matas las boinas rojas

corriendo siempre adelante van,

y los rojillos al darse cuenta

han comenzado a tirotear:

¡Pim, pam, pum!

Siempre adelante

por Dios, la Patri y nuestro Rey.

Las balas rojas nos seguirán,

Más no por eso hemos de retroceder;

seguiremos adelante

hasta morir o vencer. ¡Viva el Rey!

Pelayos

SEMANARIO INFANTIL

AÑO II • NUM. 21 — 20 Cts. — 16 MAYO • 1937

SE PUBLICA LOS DOMINGOS. — DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: CALLE C. DELGADO DE AMESTOY. — ADMÓN: CUARTEL DE REQUETÉS (KURSAAL). — SAN SEBASTIÁN: APARTADO 203. — SUSCRIPCIÓN ANUAL: 9 PTAS. (PAGO ANTICIPADO)

Tienda Carlista

https://tiendacarlista.com/